

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 89 - Agosto de 2017 - Distribución gratuita www.universocentro.com

Bien **venidos** *al:*
Hotel Colombia

56816



8

Memorias de alias León

10

Salas de espectáculos públicos

12

Carta abierta al humorista involuntario

18

Historia de granadas

22

Heladería Acapulco

24

Cuando a Medellín le salieron árboles

28

Oda a un maestro



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 89 - Agosto 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA



CCCP

Hace un año diplomáticos norteamericanos asignados a la embajada en La Habana comenzaron a sufrir extrañas pérdidas auditivas. Dieciséis de ellos tuvieron que regresar a su país para exámenes y tratamientos especializados. Se habla de “lesiones auditivas y ligeros daños cerebrales”. Lo mismo pasó con algunos diplomáticos canadienses que cumplían funciones en Cuba. En mayo de este año Estados Unidos expulsó a dos funcionarios de la embajada cubana en Washington como represalia a posibles ataques sónicos contra sus hombres en La Habana. Las armas son todavía una especulación según los científicos que se niegan a dar declaraciones sobre lo que parece un viejo juego de espías. Los periódicos hablan de dispositivos que envían ondas inaudibles, menores a veinte hertz, y pueden causar daños en los cilios receptores del oído interno. Sea lo que sea los diplomáticos medio sordos solo tienen en común haber compartido oficinas en La Habana. Cuba ha dicho que “jamás ha permitido ni permitirá que su territorio sea utilizado para cualquier acción en contra de funcionarios acreditados ni sus familiares, sin excepción”. Y para demostrar que la retórica oficial es indiferente a la ideología ha prometido una “investigación exhaustiva, prioritaria y urgente”.

Luego de más de tres años de distensión en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos los rusos han comenzado a sonar como una posibilidad por debajo de los veinte hertz. El manto misterioso de La Habana, diplomáticos más sordos que Raúl Castro, armas invisibles, espías que vienen del frío. Todo parece viejo y fascinante. Y el malo de la película monta su caballo, descamisado, en medio del invierno ruso, disfrutando de sus días libres en la dacha. Recordando sus tiempos de jefe de la KGB, cuando esas letras eran más peligrosas que el DDT y el LSD juntos. Pero el ruido más preocupante no está en Cuba, isla de grandes experimentos, sino en Washington y sus despachos, en el Congreso y las salas de redacción, en el FBI y la CIA, en las logias partidistas de Estados Unidos. La Cabal tenía razón. La Unión Soviética todavía existe, y según parece ayudó a ganar, ya con la guerra más que fría, una importante batalla electoral el 8 de noviembre pasado.

Los apellidos rusos comenzaron a aparecer en los periódicos y las renunciaciones se hicieron inevitables en Washington. El primero fue Michael Flynn, exgeneral, hombre clave en la campaña y asesor de seguridad del gobierno Trump durante solo un mes. Salió por mentir sobre sus reuniones con funcionarios rusos durante los siete meses anteriores a la elección del presidente. Se ocultaron apenas dieciocho contactos, llamadas y correos electrónicos con funcionarios rusos, incluido el embajador en Washington Sergey Kislyak. Hablaban del clima y de las últimas del hockey. Durante la investigación en el senado, Flynn ha decidido acudir al silencio que le garantiza la quinta enmienda de la constitución gringa.

Siguió el despido de James Comey, director del FBI, que tenía indicios sobre la bonita relación entre el Kremlin y la Torre Trump. La cita que selló el destino de Comey fue cara a cara en la Casa Blanca. Trump lo sentó frente a una pequeña mesa oval de paño verde y le dijo con su aire de jefe inmobiliario: “Necesito lealtad, espero lealtad”. Comey se quedó mirando al presidente y sacó el orgullo de sus dos metros tres centímetros: “No me moví, ni hablé ni cambié mi expresión facial en el incómodo silencio que siguió. Simplemente nos miramos”. Ya en la despedida, cuando Trump insistió con la palabra lealtad, Comey terminó con una frase digna de los mejores libretistas: “Siempre

tendrá mi honestidad”. Al día siguiente de la salida de Comey, el presidente Trump apareció en las primeras páginas de todos los periódicos luciendo su sonrisa al lado de Sergey Kislyak, el abotagado embajador ruso en su país. Muchos recordaron los abrazos fraternos y risueños de Fidel y Khrushchev.

El turno siguiente fue para el fiscal general Jeff Sessions. Las conversaciones del embajador Kislyak con sus jefes en Moscú mencionaban algunas charlas suyas con Mr. Sessions, en este caso hablaban de la candidatura del futuro presidente. La campaña presidencial parecía tener mucho del magnetismo entre esos dos polos. El deshielo, según la palabra usada hace treinta años. Mientras tanto hackers rusos —no todos pueden ser ecuatorianos— apuntaban contra 122 funcionarios electorales. Sessions se marginó entonces de su lugar como fiscal en la investigación relacionada con la “traga rusa” de Donald Trump. Al señor presidente no le gustó ese abandono y lo dijo por el desfogue tóxico de Twitter: “Esta es la mayor caza de brujas a un político en la historia americana”. La cacería quedó en manos de Robert Mueller, quien ganó estrellas en Vietnam, participó en la acusación a Manuel Antonio Noriega, y dirigió el FBI entre 2001 y 2013, dedicado a guiar el miedo luego del 11-S. Todo Washington aplaudió el nombramiento mientras Trump tronaba contra Sessions por hacerse a un lado: “Francamente, creo que es muy injusto para el presidente, y ese es un término suave. ¿Por qué asumes una labor y luego declinas hacerlo?”.

Lo último ha sido para el yerno Jared Kushner, el esposo de Ivanka, quien se ha convertido en un Secretario de Estado adjunto, el hombre para hablar informalmente con México, Israel y Palestina. Kushner ya es investigado por sus al menos cuatro reuniones con personajes cercanos a Moscú. Primero dijo que hablaron sobre niños huérfanos, temas humanitarios, al final reconoció que también se habló sobre temas importantes respecto de una campaña presidencial en desarrollo. Con el embajador Kislyak habló solo un minuto, según dijo en su declaración ante la Cámara de Representantes. Los rusos son de pocas palabras, sobre todo en la mañana.

Caen las estatuas de los confederados en las universidades de Estados Unidos, mientras Putin se ríe escondido detrás de las estatuas caídas de Lenin y Cía. ☺



Bala perdida

por OMAR MAURICIO VELÁZQUEZ

Ilustración: Hansel Obando

Mi papá miró a un lado, como los viejos que buscan palabras para terminar sus frases. —Muerte por bala de fusil accionada por calor inducido.

En una sala de espera de hospital, de esas donde el olor a alcohol se combina con algo de carne chamuscada, Joaquín, mi papá, aguardaba con paciencia el paso a su primera cirugía en 84 años. Estaba sentado en la misma silla donde meses atrás estuve yo esperando que me retiraran, con amabilidad y sin anestesia, un catéter luego de mi primera cirugía en 44 años. Hablábamos de todo, en especial de la salud y de la muerte. Mi hermana me hacía guiños invitándome al silencio. La presión de mi papá ese día subió a doscientos y en parte fue mi culpa. Pero teníamos que hablar de la vida, de la esperanza de más vida, de cómo se silencian los fusiles y de cómo las letras pudieron más que las balas en Colombia. Fue en ese lugar donde me repitió con detalle la muerte de su compañero de trabajo, años atrás, mientras fundían los fusiles del desmovilizado Ejército Popular de Liberación, EPL.

Mi hogar fue uno de esos con altas dosis de izquierda. Cada domingo era normal la lectura del semanario VOZ, de la revista Bohemia, del Gramma y de La Mujer Soviética, junto a El Colombiano cuando todavía se dejaba leer. Mi papá no es un erudito deformado por la academia. A él le tocó encontrarse con el conocimiento por otras vías, y los libros lo encontraron a él. Fue sindicalista y miembro activo de Fentrametal y del Partido Comunista Colombiano. Mi mamá, profesora universitaria, le siguió el camino y formó parte de la Unión de Mujeres Demócratas de Colombia, UMD. En ese hogar la premisa era el servicio. Fueron líderes, y todas mis hermanas mayores, las cinco, aprendieron de esa vocación. Incluso una de ellas tuvo la dicha de una beca para estudiar medicina en la Universidad de Rostov del Don. Yo lucía a mis siete años camisetas y chaquetas que decían CCCP y nunca supe explicar su significado, al menos hasta que en televisión vi a Rinat Dasaev, el arquero del equipo de fútbol de la antigua URSS. Fue la época donde un extractor de cine, Ronald Reagan, era elegido presidente de los Estados Unidos. Un momento de máxima tensión entre las súper potencias. Estábamos en tiempos de boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú y Los Ángeles, “La noche de los lápices” y la explosión en Chernóbyl.

Para mí todo transcurrió normal, y normalicé cada acto donde mis papás gritaban arengas contra la oligarquía el 1 de mayo y luego llegaban a la casa para ver La Mala Hierba, una telenovela sobre un traficante de marihuana, en esa época en la que la palabra narcotráfico todavía no hacía parte del diccionario de desgracias. Al menos hasta que mataron al ministro Lara. Ese día, por cierto, comprendí que algo oscuro estaba por encima de las tensiones políticas.

Mi vida transcurría entre ese mundo de las lecturas de izquierda, la escasa televisión, el radio de Montecristo, el ruido a mediodía de la carpintería vecina y las visitas de los “compañeros” de mi papá. De todos guardo recuerdos con cariño. De cada uno de ellos atesoré la evocación de las sonrisas. En particular de Lemus.

Jorge Lemus Aguilar era un negro alto y macizo, entiendo que caleño. Vivía con su familia en Bello, y muchos fines de semana me llevaron mis padres a su casa para hacer mi gracia: contar chistes.

Yo no tenía ni diez años, pero memorizaba historietas de Condorito y Larguirucho. Fue Lemus el que me apodó Montecristo. “Ahí viene Montecristo”, decía en cada encuentro organizado por el sindicato de la empresa siderúrgica de Medellín. Fue en esa época que mataron a Héctor Abad Gómez y yo veía cómo el hombre se sentaba con don Julio —otro curtidor sindicalista— y mi papá a debatir el rumbo del mundo.

Mientras crecí y pasé de la acelerada infancia a la adolescencia, las visitas recibidas y hechas se redujeron. Mataron a Antequera, a Pardo Leal y a Bernardo Jaramillo. Mi papá quemó sus libros de izquierda, volvió trapos de cocina las camisetas de la Unión Patriótica y en la sala de mi casa ya no se leía porque los domingos el hombre limpiaba su 38 Llama Especial, el arma de dotación que se le entregó, dizque para que se defendiera. Pero sus gracias eran otras. Había que ver a mi papá tirando trompo, tenía lo que mi mamá llama “sonsonete” y daba como tres giros en el aire hasta soltarlo. Verlo con ese revólver nos daba pánico a todos. Por esos mismos días, una tarde de sábado, mi papá llamó a casa.

—Aló —contesté y no hubo respuesta, solo se escuchaba el tremor seco de una fábrica al fondo.

—Aló —insistí.

—¿Mauricio? —contestó mi papá. No había tono en su voz. Era como si algo se hubiera apagado.



—Sí papá. Dime —lo apuré para que soltara un taco que ya me contagiaba.

—Vea, pásame la mamá —me dijo sin mucho apuro y con una modulación que no le conocía.

—No está, papi —le dije con la expectativa convertida en zozobra.

—¿Se acuerda de Lemus? —me respondió; de inmediato sabía que había muerto. Siempre que mi papá comenzaba con el “¿se acuerda de...?”, yo sabía que la historia se había repetido. Que “en extrañas circunstancias”; que “una moto”; que “de una camioneta gris sin placas se bajaron”; que “entraron a la casa unos tipos con brazaletes y subametralladoras”. Guardé silencio un momento.

—Papi, ¿estás bien? —le dije calculando su estado de conmoción.

—Sí, mijo. Ya voy para la casa. Dígame a Mariela que el Negro murió.

Un sindicalista menos en la lista que sumaba la infamia en Colombia. La palabra exterminio ya había cobrado sentido, pero nunca la vida de alguien cercano a nuestros afectos. Lo que yo no sabía era que había sido esa cosa que llaman destino lo que acabó con el Negro Lemus.

Esa noche mi papá se sentó con mi mamá en la sala. Hablaron largo; recordaron el pelo quieto y el bigote de Lemus. Se reían de su risa. De su acento. Recordaron que fue él quien les dio pistas para uno de sus paseos a Juanchaco y Ladrilleros. Aquel día no hubo ni ron ni aguardiente, solo recuerdo un titular que hablaba de un viejito cascarrabias que intenté entrevistar para mi clase de Estética: “Arenas Betancur hará monumento a la paz”. Algo así decía.

Ese día, había una ceremonia en la que el EPL entregaba un arrume de fusiles, rifles y carabinas que se convertirían en una escultura. Era un gesto de paz de la guerrilla con el país, cuando las noticias ya nos ocupaban con la guerra al narcotráfico.

Aquel sábado de 1991 mi papá estaba en el turno de seis a dos. Atendía el llamado al restaurante para la hidratación reglamentaria, pues el horno de fundición a su cargo era uno de colada

continua, algo así como una olla que nunca se apaga, y del que salían interminables ríos de metal fundido. Invitó a Lemus para compartir el agua y la leche. Cuenta mi papá que Lemus no quería pasar horas extras a causa del gesto de paz. Así que se fue al horno y comenzó a apilar las armas del EPL, mientras mi papá iba al restaurante a descansar las manos que se acercaban a la jubilación. La atmósfera de aquella siderúrgica era de ruido frenético cada día, una mezcla de hornos descomunales que producían eventuales explosiones con descargas de toneladas de chatarra. Por eso nadie escuchó el estallido de una bala.

Mi papá, alertado por el bochinche, llegó hasta donde estaba un grupo de obreros y alcanzó a escuchar el fatídico: “Ese no llega al hospital”. A mi viejo siempre se le quiebra un poco la voz cuando recuerda que le dijeron que era el Negro Lemus, el compañero con el que compartió ideología y trabajo.

“Camina a ver, vamos a almorzar, le dije ese día al Negro, y no llegó a almorzar”. Le escuché esa frase a don Joaquín, con la mirada clavada al piso mientras le quitaba una manchita de café al pantalón.

Veintiséis años después, yo estaba al lado de mi papá en la sala de espera de un hospital. El inconveniente olor a carne chamuscada daba paso a las primeras notas primaverales que se desprendían de una trapeadora. Era casi las seis de la mañana. La enfermera que revisaba los documentos y los interminables formularios le dijo a mi papá que pronto le darían ingreso. Fue cuando me habló de los contenedores con las armas de las Farc. Fue cuando recordó esa fatalidad que se llevó la vida de un sindicalista con la bala de un grupo armado de ideología comunista.

Yo estaba a punto deirme, antes de su cirugía, cuando me remató el cuento.

—Las cosas han cambiado mucho. Civilmente fuimos simpatizantes de la revolución. Ojalá que hoy, que también las ideas pudieran más que las armas, ninguna se salga de esos contenedores a encontrar quién sabe qué karmas. ☺

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

De volcanes, poetas y pintores



Lluvia, vapor y velocidad. El gran ferrocarril del Oeste, Joseph Mallord William Turner, óleo sobre lienzo, 1844.

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

En el año de 1815 tuvo lugar la mayor explosión volcánica de la que se tenga noticia en la historia reciente de la humanidad. Entre los días 10 y 11 de abril el volcán Tambora estalló en la isla indonesia de Sumbawa con una fuerza equivalente a sesenta mil bombas de Hiroshima. La montaña en forma de cono del Tambora, de cuatro mil metros de altura, perdió sus mil metros superiores. Un kilómetro de montaña es exactamente lo que hay entre el río Medellín y el Alto de Santa Elena, una masa de piedra y tierra que, de un día para otro, voló por los aires hecha añicos.

El estallido del Tambora se escuchó a 1500 kilómetros de distancia, que es como decir de Medellín a las costas de Cuba, o más allá de Caracas, incluso no demasiado lejos de Lima por el sur. Los fragmentos de piedra pulverizada arrojados por la erupción fueron a formar capas de dos cuartas de espesor en islas vecinas situadas tan lejos como Bogotá de Medellín, y gigantescas nubes de ceniza cubrieron de noche los días siguientes en cientos de kilómetros a la redonda. Aun con lo despoblada que era la Tierra en ese momento, la explosión del Tambora mató a cien mil personas directamente por nubes ardientes de piroclastos que, a la manera de Hericlan, incineraron viva a la gente. Y entre cincuenta y ochenta mil más murieron por hambrunas y enfermedades.

Los enormes volúmenes de gases expulsados por la erupción del Tambora se expandieron más rápido que las noticias, de modo que cuando estas llegaron a Europa, meses después, ya los cielos estaban inundados de vapores que afectaron el clima de la Tierra por espacio de tres años. La erupción y el cambio de clima no se relacionaron en aquel entonces como causa y efecto, y

la gente empezó a ver empañados los amaneceres y atardeceres sin saber por qué. Al año siguiente el invierno se prolongó y el verano fue tibio y lluvioso. Los cultivos no maduraron y en muchos lugares no hubo cosecha: en Irlanda, dependiente siempre de la papa, murieron 65 mil personas como consecuencia de las hambrunas, que coincidieron con una epidemia de fiebre tifoidea.

Ese año frío de 1816 no sorprendió demasiado a los europeos a pesar de todo, pues el mundo estaba pasando por lo que se conoce como la Pequeña Edad de Hielo. La Baja Edad Media (del 900 al 1300) había sido caliente, pero a partir ese momento la Tierra se enfrió por espacio de cinco siglos y medio hasta el año 1850. Durante este último periodo las temperaturas cayeron y los inviernos fueron fuertes y largos. Los alrededores de islas como Islandia se congelaban y las aislaban durante casi todo el año, los enclaves recién habitados en Groenlandia quedaron abandonados porque las aguas para llegar allí se habían vuelto hielo. Y mientras tanto en las ciudades de Europa los ríos se congelaban y se hacían ferias de patinaje en el hielo, tanto en los canales holandeses como en el Támesis londinense. En las montañas, mientras tanto, los glaciares avanzaron, y en países como Suiza muchos pueblos altos fueron arrasados por las lenguas de hielo.

Precisamente en Ginebra estaban pasando el verano de 1816 el poeta Lord Byron con su amigo y médico personal Polidori, y en la vecindad estaba el también poeta Percy Shelley con su joven esposa Mary. Esta última da cuenta del clima indeseable de aquellas vacaciones: “Resultó ser un verano húmedo y desagradable, y la incessante lluvia a menudo nos confinaba por días enteros dentro de la casa”. Sin embargo, Lord Byron hacía

de anfitrión y no dejaba aburrir a sus invitados. Tenía en su biblioteca una serie de novelas góticas alemanas traducidas al francés que compartía en voz alta durante los largos días de lluvia. Y, más aún, no contento con la pasividad de la lectura, el poeta les propuso un juego a sus amigos de tertulia. “Cada día uno de nosotros escribiría una historia de fantasmas”, dejó escrito Mary.

Agrega sin embargo la mujer que pronto los poetas pusieron reparos a que su tarea los obligara a navegar en las aguas bajas de la prosa y abandonada Edad de Hielo. La Baja Edad Media (del 900 al 1300) había sido caliente, pero a partir ese momento la Tierra se enfrió por espacio de cinco siglos y medio hasta el año 1850. Durante este último periodo las temperaturas cayeron y los inviernos fueron fuertes y largos. Los alrededores de islas como Islandia se congelaban y las aislaban durante casi todo el año, los enclaves recién habitados en Groenlandia quedaron abandonados porque las aguas para llegar allí se habían vuelto hielo. Y mientras tanto en las ciudades de Europa los ríos se congelaban y se hacían ferias de patinaje en el hielo, tanto en los canales holandeses como en el Támesis londinense. En las montañas, mientras tanto, los glaciares avanzaron, y en países como Suiza muchos pueblos altos fueron arrasados por las lenguas de hielo.

Pero Byron no desaprovechó aquel oscuro verano provocado a miles de kilómetros por el Tambora. Los días opacos y melancólicos en los que estaba sumido en aquel entonces, gracias a la tormentosa separación de su esposa que lo acusaba de bisexualidad, le sugirieron el apocalipsis, y en el mes de

julio escribió su poema *Darkness* (Oscuridad) que en traducción libre empieza de la siguiente forma: Tuve un sueño, que no era para nada un sueño. El brillante sol se extinguía, y las estrellas/deambulaban anocheciendo en el espacio eterno, sin rayos de sol, sin una guía, y la Tierra helada/ se mecía ciega y ennegrecida en el aire sin luna; la mañana llegaba y se iba —y volvía, y no traía el día [...].

Más tarde el mismo Byron, que moriría ocho años después a la edad de 36 años, dijo que había escrito el poema “en Ginebra, cuando hacía un celebrado día de oscuridad, en el que los gallos cantaron al mediodía y las velas se encendieron como si fuera media noche”. El tema del juicio final estaba de moda en la época, y los gases del volcán le dieron a Byron señales de su poética llegada.

Lo que oscurecía la atmósfera del mundo en ese entonces no era precisamente la ceniza del volcán sino sus gases, que se expandieron a una velocidad insospechada alrededor del globo terrestre. En décadas recientes en las que se puede medir este tipo de cosas, los vulcanólogos rastrearon los gases arrojados por la explosión del Chichón en México en el año 1982. El estallido ocurrió el día 5 de abril, y el día 25, solo tres semanas después, sus gases habían formado un cinturón alrededor de la Tierra atravesando todo el océano Pacífico, Oceanía, la India, África Ecuatorial y luego el Atlántico para finalmente llegar de nuevo al mar Caribe. Todo esto ayudado por la rotación de la Tierra, quien se cubría de aquellos velos volcánicos como si por juego se probara nuevas prendas.

Varios tipos de gases son exhalados por el estallido de un volcán, entre ellos el CO2 que ayuda para bien al

calentamiento global. Pero hay uno en especial que hace cambiar la manera como percibimos el cielo, el SO2, dióxido de azufre, que al mezclarse con el vapor de agua va a formar diminutas gotas de ácido sulfúrico. De ahí que los amaneceres y atardeceres se vean empañados y amarillos. Esto lo observó con particular cuidado el mejor paisajista de la época, cuando hacía bocetos en medio de sus largas caminatas por Europa entre 1816 y 1819.

Inglés de nacimiento pero viajero por vocación, William Turner tenía ya cuarenta años cuando recorría las orillas de Rin en el oeste de Alemania dos años después de la explosión. Y, según el vulcanólogo Hans-Ulrich Schmincke, hasta ese momento los paisajes con castillos que Turner pintaba eran más bien convencionales. Fue solo a partir de entonces que “su luminosidad alcanza —mediante el empleo desmesurado de tonos amarillos y

una exageración de los reflejos atmosféricos de la luz— una intensidad tal que parece como si Turner quisiera cegar al espectador de su cuadro”. Así lo dice Michael Bockemühl, un estudioso del pintor, quien, sin considerar la teoría del estallido del Tambora, agrega: “La manera como [Turner] vino a descubrir su propia forma de pintar sigue siendo una cuestión abierta”.

Es allí donde aparece la especulación acerca de la musa volcánica. Si uno se pone a hojear la obra de Turner puede observar que en la primavera de 1815 el pintor da un paso titubeante hacia sus cielos empañados y sulfurosos con en el cuadro *Dido construye Cartago*, una recreación de una obra del pintor Claude Lorrain. Pero solo es a partir de aquellos años viajeros por Europa continental cuando Turner empieza a experimentar con cielos estallados, llenos de amarillos incendiarios que parecieran emular el propio

zumbido del Tambora. En palabras de Bockemühl, los cambios en la manera de pintar de Turner son evidentes: “Ya en bocetos del viaje por Escocia en 1817, y las acuarelas del [viaje] italiano marcan un abandono de la tradición y el realismo. Son una pequeña revolución. Significan una transformación de su estilo”.

Turner al parecer nunca se refirió a la cuestión de aquel cambio decisivo en su forma de usar el color. Pero no era de extrañarse, pues se sabe que no tenía facilidad de palabra. Su origen humilde lo había marcado con un acento tan fuerte que lo hacía avergonzarse al hablar en público. Dicen que en las conferencias no se le entendía nada, y que “dibujaba como otros escriben”. De ahí que sus cuadernos de dibujo fueran sus verdaderos diarios. Por otra parte, Turner se caracterizaba por el secretismo alrededor de su vida privada, y rara vez se refería a su arte o a sus cuadros en

particular. Es cierto que Turner ya tenía tendencia a los cielos cargados y nubosos, pero la luminosidad solo vino a verse a partir de aquel año que se conoció como “el año sin verano”. Tanto los cielos tormentosos como los mares encrespados, que algunos le criticaban como demasiado estáticos, se llenaron desde entonces de graciosa movilidad por medio del colorido. Y, más interesante aún, a partir de ese momento las figuras comenzaron a hacerse borrosas rumbo a la abstracción.

Ni Byron ni Mary Shelley ni Turner supieron que el Tambora pudo haber inspirado algunas de sus obras maestras. Que quizá fueron los humos del volcán los que calladamente los llevaron a un estado de rara inspiración. El mayor estallido que ha ocurrido en la Tierra en los últimos miles de años no solo impulsó la muerte, sino que, como un verdadero apocalipsis, movió a la creación de mundos nuevos. ©



John William Polidori, F. G. Gainsford, cerca de 1816.



Percy Bysshe Shelley, Amelia Curran, 1819.



Mary Wollstonecraft Shelley, Richard Rothwell, 1840.



George Gordon Byron, Richard Westall, 1813.

Meteoritos contra el optimismo



por GUILLERMO CARDONA

Ilustración: Alejandra Congote

Por remota e insignificante que sea la probabilidad de que un meteorito choque contra nuestro planeta, buscar alternativas para anticipar y evitar semejante guarapazo da fe de los avances de la humanidad en ciencia y tecnología, es todo un ejemplo de previsión y, sobre todo, una muestra palpable de algo que nos distingue de otras especies más que la risa, el habla o la misma inteligencia: el optimismo.

Se trata de la Prueba de Redireccionamiento del Asteroide Doble (DART, por sus iniciales en inglés) que busca afectar la órbita interna de un sistema binario de asteroides que en el 2022 pasará a unos once millones de kilómetros de nuestro planeta. Se les conoce como Dydimus (gemelos, en griego); uno mayor, el Dydimus A, de 780 kilómetros de diámetro; y su acompañante, Dydimus B, de 160 kilómetros, que gira a su alrededor como una luna.

Pese a los titulares de prensa, el objetivo de la misión no es alterar la órbita del sistema con relación a la Tierra, sino la de la pequeña luna, mediante una técnica de impacto cinético conocida como deflexión, que busca provocar un leve frenazo mediante el choque de una nave

no tripulada del tamaño de un refrigerador, a una velocidad de 21 600 kilómetros por hora. Un proyecto que la Nasa trabaja de manera conjunta con el laboratorio de física aplicada de la Universidad John Hopkins en Maryland.

¿Será posible?

Qué tan efectivo sea el recurso que se aplicará en el 2022 podrá comprobarse cuando los Dydimus A y B vuelvan a pasar en el 2024 por nuestro vecindario, esperemos que a los mismos saludables once millones de kilómetros de distancia.

Si los científicos de la Nasa logran demostrar la validez científica de esta técnica, cuando se detecte algún meteorito, asteroide u otro objeto celeste en trayectoria de colisión con nuestro planeta y de un tamaño mayor a un kilómetro de diámetro, el recurso no sería entonces ni desviarlo ni partirlo como se podría deducir de las películas y la literatura de ciencia ficción, sino disminuir su velocidad con un impacto frontal en el arco de su órbita. Siempre y cuando dicho impacto se produzca lo suficientemente lejos del punto de encuentro con la Tierra, algunas milésimas de segundo menos cada hora

podrían significar, en una trayectoria de millones de kilómetros, que la mira del *Perfecto asesino* quede por fuera del paso de nuestro pedrusco en su periplo alrededor del sol, y podamos así seguir disfrutando del paseo.

No son especulaciones

Recordemos que en 2013 (ver UC N°43), un meteorito sobrevoló la atmósfera de la tierra a 65 mil kilómetros por hora y explotó en una zona deshabitada, a 250 kilómetros de Chelyabinsk, Rusia. Con escasos diecisiete metros de diámetro y un peso de unas siete mil toneladas, la explosión resultante fue cincuenta veces más poderosa que la bomba de Hiroshima y, a esa distancia (más o menos la misma que separa a Medellín de Armenia), su onda expansiva dejó heridas a unas 1500 personas y rompió los cristales de 7200 viviendas en la transiberiana Chelyabinsk.

A futuro, el proyecto de la Nasa y muchos otros países desarrollados es construir un Sistema de Defensa Interplanetario (SDI) contra las amenazas mínimas, pero reales, de un objeto celeste que al golpear la Tierra podría producir desde una catástrofe local que arrase con un poblado o una ciudad, hasta un evento de extinción global que acabe con la supremacía de los seres humanos y de los mamíferos para darle paso quizá al reinado de los insectos y de los tardígrados. Lo mismo ya le ocurrió a los dinosaurios y a los grandes reptiles hace 65 millones de años,

cuando el brusco aterrizaje de un meteorito de unos diez kilómetros de diámetro les dejó el espacio libre a bichos más pequeños, como las zarigüeyas, y a sus hermanos de leche los primates, nuestros ancestros.

Dicho SDI contaría con una red de telescopios infrarrojos orbitando alrededor de nuestro planeta, soportada por un sistema global de observadores y bases de lanzamiento con capacidad para detectar, enviar naves no tripuladas y producir los impactos necesarios para mantenernos a salvo de los cerca de un millón de asteroides que atraviesan nuestro sistema solar y que son lo suficientemente grandes para destruir ciudades como Londres, Helsinki o San Petersburgo. Por el momento, de ese estimado de un millón de asteroides potencialmente peligrosos, se han identificado apenas cien mil. Solo para completar el diagnóstico, harían falta algo más que los cincuenta millones de dólares anuales con los cuales cuenta actualmente el programa y un trabajo descomunal de científicos, ingenieros y operarios. En condiciones óptimas, en unos 150, doscientos años, el Sistema sería totalmente operativo.

¿Qué será primero?

Según los estudios científicos, las consecuencias del calentamiento global se van a sentir con un rigor extremo a partir del 2050, por lo que resulta curioso que este proyecto lo anuncie la Nasa en la era Trump, el exótico presidente norteamericano al que se le llena la boca negando la existencia del cambio climático y afirmando que los esfuerzos por detenerlo son un cuento chino. A ver quién acaba primero con nosotros. Si Trump con su desprecio por la ciencia, algún otro loco con bombas atómicas a su disposición, la crisis del agua o una monumental y espantosa pedrada que saque a la humanidad de circulación, un momento que muy seguramente vitorearían, si pudieran, los animales, las plantas, las montañas, las selvas y los ríos que nos sobrevivían. Bastaría un poco de viento para que empezaran a cantar. En ese panorama posapocalíptico, creo que los únicos que nos van a llorar son los graduales.

No es mala leche. Lo cierto es que esta era Trump, de posverdades, *fraking* y *fake news*, deja también en evidencia otro rasgo netamente humano: la soberbia de quienes gozan con el sufrimiento, la pobreza y la discriminación que padecen sus congéneres, como si ellos fueran de otra especie y como si para vivir no necesitaran, como cualquier hijo de vecino, del trabajo y el buen ánimo de otros seres humanos y del amparo de la Naturaleza y del Planeta que nos sostiene y alimenta.

En esta paradójica encrucijada, esos dogmas que se visten de fe religiosa para saldar el Armagedón o que pregonan el desarrollo sin contemplaciones con el medio ambiente, esos valores que desconocen e ignoran por igual las consideraciones humanitarias y las evidencias científicas, están de hecho haciéndole más daño a la Tierra y a todas sus especies que muchos meteoritos juntos. Por lo pronto, ni los científicos de la Nasa tienen las herramientas necesarias para evitar que nos aporreen estas colisiones. Y de seguro el día que estuvieran a punto de encontrarlas, el mismo Trump les recorta el presupuesto. ☹️

corazón comunidad cooperar
compromiso cosechar
construir compartir confianza
comunión compañera
convicción colombia

Nuestra imagen cambia,
la esencia de nuestro origen se fortalece

45
Años

www.confir.coop

Síguenos en:



cooperativizando
para el bienestar

confiar®
COOPERATIVA
FINANCIERA



ORQUESTA SINFÓNICA EAFIT

Directora: Cecilia Espinosa Arango

"La música no la tienes que traducir. Simplemente te toca y no sabes porqué" - David Byrne.

Visita la programación anual en nuestras redes sociales

f sinfonicaEAFIT | SinfonicaEAFIT | orquestaeafit

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación www.eafit.edu.co

MEMORIAS DE ALIAS LEÓN

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Titania Mejía



Fueron las pequeñoburguesas de la Universidad Pontificia Bolivariana (y en concreto las gemelas De Greiff) quienes me hicieron renunciar a la lucha por un mundo mejor y ocasionaron mi vergonzoso retiro del Grupo Comunista Revolucionario Marxista Leninista Maoísta Línea Presidente Gonzalo En Contra De La Política Neoliberal Gavirista y La Explotación del Coloso del Norte, en el que milité con entrega y fervor hasta la nefasta noche en que fui invitado a esa fiesta en una finca del Oriente antioqueño, típica propiedad de la clase terrateniente.

Al GCRMLMLPGCPNGYECN (en adelante seguiré llamando al grupo por sus iniciales para abreviar) había llegado gracias a mi amigo Boris (pongo aquí su alias en vez de su nombre real ya no por seguridad como en aquellos tiempos sino para ahorrarle el oprobio de que alguien reconozca al próspero ejecutivo en que se convirtió después de traicionar —al igual que yo pero por motivos menos nobles— la causa general en aras de sus intereses personales), quien a pesar de pertenecer a la clase opresora ostentaba una sensibilidad social que no tenían ni mis amigos más sufridos del barrio. Habíamos sido compañeros del colegio La Salle, donde él siempre destacó por su gran inteligencia y su talento para los deportes mientras yo era reconocido por no sobresalir en nada. Esto siempre generó en mí una sutil animadversión que salpicaba nuestra amistad con ocasionales estocadas venenosas, malinterpretadas por él como envidia pero que luego reconocí, gracias precisamente a los saberes a los que Boris mismo me indujo, como indignación de clase.

Luego de terminar el bachillerato nos dejamos de ver un par de años hasta que un día nos encontramos en la taberna El Garaje, donde yo oficiaba como mesero y a donde estaba él empezo a acudir para llevar a cabo encuentros clandestinos con una mujer ajena. Un día la chica no asistió a la cita y como había pocos clientes me senté en su mesa, en la que reposaba un libro gordo con la cara de Papá Noel preocupado de Carlos Marx, y nos pusimos a conversar. Nos desatrasamos de nuestras vidas y luego hablamos del presente. Él estudiaba Ingeniería en la Universidad de Antioquia y yo Comunicación Social en la Pontificia Bolivariana (la paradoja del burgués adscrito a la educación pública y el proletario inmerso en un claustro burgués es motivo de otra historia que no es del caso contar aquí) y ambos estábamos muy interesados por la literatura. Así que desde el principio nos sumimos en una absorbente conversación que se extendió por días, semanas y meses, en bares, parques, tiendas y calles donde no parábamos de intercambiar impresiones sobre John

Reed, Manuel Scorza, García Márquez, Julio Cortázar, Albert Camus, Pablo Neruda, Barba Jacob, César Vallejo, los surrealistas franceses, los *beatnik* gringos y los nadaístas colombianos (antes de que se volvieran uribistas). Hablábamos también de la realidad del país, de las injusticias que nos rodeaban y nos dolían, del sueño de una Latinoamérica unida y del compromiso político que había que asumir en determinado momento. Hasta que una tarde Boris apareció decidido, casi enojado, diciendo que era hora de dejar de hablar y hacer algo concreto y que él ya estaba en el camino. Fue cuando me invitó a hacer parte del GCRMLMLPGCPNGYECN.

La primera reunión a la que asistí fue en una casa enclavada en una loma, mucho más arriba del barrio Buenos Aires. Allí conocí a Antonio, el jefe de nuestra célula, un hombre bajito y macizo, de unos sesenta años, con una camisa de manga corta muy bien planchadita metida por dentro del pantalón y una agenda café debajo del brazo, que hablaba con palabras tajantes e irrefutables como talladas en la misma piedra con la que le habían hecho la cara. También estaba Henry, el dueño de la casa, encargado de la formación académica y los asuntos operativos de la organización, alto, blanco, acuerpado y peludo, de ojos azules y una actitud montuna tan enfática que parecía cultivada. Y los otros seis compañeros de célula: dos universitarios de la edad de Boris y yo, un obrero metalúrgico de unos treinta años, un ebanista de pelo blanco y dos desempleados sin señales particulares. Ninguna mujer. Ahora que lo pienso, creo que una variación en ese solo detalle hubiera cambiado la historia que hoy les estoy contando. Y la de mi vida.

De entrada tuve dificultad para asimilar las costumbres y normas de conducta que regían nuestra organización. No por rebeldía (había entrado al grupo para ser rebelde y lo menos que pretendía era rebelarme contra los que me iban a enseñar a serlo) sino por puro despalamamiento. Mi espíritu era demasiado gaseoso, según me llegaron a decir, para una tarea tan concreta como la que nos proponíamos: tomarnos el poder. El primer inconveniente lo tuve con el seudónimo. Después de que Antonio certificó mis cualidades y escuchó mi pasado para evitar una posible infiltración, pasó a darme el apelativo con el que me identificaría en la vida clandestina: León. Nunca pude interiorizar ese epíteto, garante del anonimato y la seguridad. Cada vez que me llamaban en una reunión o en cualquier actividad: ¡León!, yo seguía mirando para donde estaba mirando sin darme por aludido, y cuando en algún encuentro me tocaba presentarme iba diciendo sin pensarlo: Miguel, mucho gusto. Entonces todos volteaban hacia mí, atónitos, con una mezcla de reproche y pánico en la mirada, porque la sola mención del nombre verdadero de uno de nosotros resonaba como el chillido estertóreo de una alarma que anunciaba la inminencia de la delación, de la captura y de la posterior tortura para todos. El fantasma de la tortura, tan cercano (y ni tan fantasma), nos acechaba en todo momento. Hablábamos mucho del tema y Antonio nos decía cómo actuar en caso de que alguno de nosotros fuera capturado. Había que mantenerse firme, mostrar la verdadera fortaleza frente al enemigo no sucumbiendo ni ante el dolor más terrible que nos pudieran infligir.

Una noche soñé que me habían agarrado los grupos paraestatales y que, luego de amarrarme a una mesa de baldosas, un encapuchado ponía frente a mí cara unas tijeras de podar mientras exigía a gritos que confesara dónde estaban mis compañeros. Antes de que la punta metálica hiciera el primer contacto con mi piel arranqué a contar con pormenores quiénes

conformábamos el grupo, cuántos éramos, cómo funcionaba la estructura, dónde nos reuníamos, cuáles eran nuestros planes próximos, dónde creía que se guardaba la plata y qué ruta de bus había que coger para ir a la casa de Buenos Aires. No confesé nada relacionado con armas porque mi paso por el GCRMLMLPGCPNGYECN se redujo al período de formación previo a las salidas de campo y la misión más audaz que ejecuté fue pintar “Fuera Yanquis de Centroamérica” en un muro. Desperté avergonzado y deprimido por mi traición subconsciente. Incluso pensé, por primera vez, en retirarme. Pero cuando se lo conté a Boris, me miró con una sonrisa comprensiva y me palmó diciendo que no me preocupara, que un sueño no bastaba para dar cuenta de mi verdadera fortaleza, que levantara esos ánimos y mejor me preparara para la “Escuela” que teníamos ese fin de semana.

La Escuela era una encerrona que hacíamos al final de cada mes en la casa de Henry, desde el viernes en la noche hasta el domingo por la tarde, donde nos dedicábamos a estudiar y debatir textos de Mao Tse-Tung y el presidente Gonzalo y a escuchar las aclaraciones de Antonio sobre conceptos fundamentales de *El Capital*. Para subsidiar los gastos de manutención y materiales de esas jornadas había que aportar una cuota para la que yo ahorraba durante todo el mes con gran entusiasmo. Esos encuentros tenían un no sé qué místico que me dejaba la sensación de estar verdaderamente comprometido con algo que no fuera yo mismo. Algo parecido a lo que sentía luego de salir de misa en mi más ferviente período católico. Fue en una de esas jornadas cuando se me arrimó Antonio mientras yo leía un libro. Al ver que no era literatura marxista me preguntó con curiosidad paternal.

—¿Qué andas leyendo?

—A Fernando Pessoa.

—Eso es pesimismo pequeñoburgués —y volé la mano haciendo un gesto de fastidio.

No dijo nada más. Tampoco me prohibió leerlo. Pero yo continué la lectura con un mal sabor en la conciencia. Y hasta con cierta rabia con Pessoa.

A todas estas seguía adelantando mis estudios, no sin cierta vergüenza, en la Universidad Pontificia Bolivariana, fortín de la pequeñoburguesía vernácula. Para contrarrestar la culpa asumí mi permanencia en esos claustros como la oportunidad de filtrarme en la vida cotidiana del enemigo y conocer su mentalidad. Empecé a participar en sus fiestas y reuniones tomando anotaciones. Observé que existía, también allí, cierta ortodoxia en virtud de la cual, por ejemplo, un individuo que usaba determinada marca de ropa o mostraba ciertos gustos no autorizados por el estándar era reprobado con el mismo gesto de fastidio de Antonio frente a Pessoa. Palpé también en esa organización la existencia de un terror general, aún más agudo que el propiciado por el fantasma de la tortura, ante la sola idea de no estar en el mismo nivel socioeconómico de la comunidad. Además encontré individuos que tenían problemas para asimilar las costumbres y normas de conducta del grupo, ya fuera por falta de suficientes recursos materiales o por simple despalamamiento. Con estos últimos empecé a relacionarme estrechamente. Y ese fue el problema. Me involucré tanto con el objeto de estudio que terminé consiguiendo amigos. Caído en la trampa del afecto y la comprensión ya no me fue posible protegerme de ellos reduciéndolos a un calificativo genérico, y empecaron a adquirir, peligrosamente, personalidades particulares con nombres propios: Javier, Bernardo, Rafael, Juan Guillermo, Samuel, que al igual que en el GCRMLMLPGCPNGYECN eran suplantados por

los alias de su particular militancia: Javi, Beni, Rafi, Juanguí, Sami. Fue este último, Sami (alto, mono, zarco y cuajo), el que propició mi contacto con las gemelas De Greiff, alias Ani y Susi.

Para dar una idea precisa de las dos gemelas describo a una: alta, estilizada, pelirroja, piel blanca nacarada, labios como gajos de mandarina y ojos verdes. Aparecían siempre que había fiestas o reuniones en las que estuviera Sami, a quien reverenciaban sin disimulo. Cuando él me las presentó en unas fiestas culturales percibí en su saludo algo que no pude distinguir entre interés o curiosidad morbosa, pero que en todo caso no se trataba de indiferencia.

Un viernes de fin de mes, después de clases, salía yo raudito y directo al sagrado ritual de la Escuela en casa de Henry cuando Sami me detuvo en la puerta de la facultad: “Las gemelas quieren hacer una fiesta conmi... con nosotros, en la finca del papá”, dijo agarrándome del brazo y matándome el ojo. Lo miré incrédulo y él estiró la trompa en dirección a un murito donde estaban sentadas las gemelas sonriendo con malicia. “Una parranda privada, erótico-musical-literaria”, dijo que le habían dicho. Miré el reloj y pensé en mis compañeros de la Escuela: los vi discutiendo las cinco tesis filosóficas y mirándole la cara a Antonio. Luego miré en la distancia los cuatro gajos de mandarina de las bocas de las dos gemelas sentadas en el murito. “Ellas ponen la comida y la casa. Vamos en mi carro, entre los dos pagamos la tanqueada y compramos el trago”, remató Sami. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y palpé el zurullo de la plata para la Escuela. Volví a pensar en las caras de mis compañeros del GCRMLMLPGCPNGYECN, dudé un momento, lo pensé bien y giré con determinación hacia Sami: “Va pa esa”, le dije.

A las nueve de la noche estábamos los cuatro en la cabaña suiza del Oriente antioqueño, sentados frente a la chimenea, con de a vaso de whisky en la mano. Sami hablaba con su voz encantadora, Susi y Ani lo miraban sin pestañear y yo las miraba a ellas. A las diez de la noche Sami bailaba con Ani, hipnotizada, mientras yo amacizaba a Susi y clavaba mis ojos en los suyos que permanecían concentrados en Sami. A la una de la mañana estaban Sami, Ani y Susi encerrados en una pieza y yo me emborrachaba recostado en la chambrana del corredor oyendo los sonidos de la naturaleza mezclados con los gritos de las gemelas y los jadeos de Sami, mientras reflexionaba sobre la diferencia entre el chirrido de los grillos de las fincas pequeñoburguesas y el de los grillos de los sectores populares.

Al día siguiente llegué a la casa sin un centavo y con el peso de la traición en la conciencia. Entré a mi cuarto y me quedé mirando el bordado en hilo chino con la cara de Carlos Marx que tenía en la pared. Lo desprendí, lo doblé con tristeza y llamé a Boris. Cuando llegó a mi casa se lo entregué: “Tenelo vos, yo no lo merezco”. Le comuniqué mi decisión de retirarme del GCRMLMLPGCPNGYECN y le conté las razones. Esperaba que me palmeara y me dijera, con una sonrisa de consideración, que eso no valía la pena y me invitara a seguir adelante. Pero no dijo nada. Tampoco me recibió el bordado. Se limitó a asentir, apretó mi hombro y caminé hacia la puerta. Antes de que se diera vuelta alcancé a ver en su mirada el brillo de una traición mucho más grande que la mía y que, incluso en el terreno de la ignominia, le otorgaba, otra vez, un estatus superior. Luego supe que esa misma mañana lo habían llamado a ofrecerle un sueldo millonario en la multinacional de la que hoy (cumpliendo su sueño juvenil de un continente unido) es representante para América Latina. ©

De vez en cuando las revistas viejas entregan las mejores páginas de ciencia ficción. El miedo mueve la imaginación, empelícula a las almas de la higiene y la castidad, y los primeros teatros pueden convertirse en ollas de aire enrarecido, en un experimento que acelera el desarrollo biológico y transforma la mente de los más débiles. Los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín* entregan un gran guion con su informe “Salas de espectáculos públicos”, de 1945. Tal vez no era más que la perturbación frente a Ingrid Bergman. El miedo recomendaba pastillas en vez de crispetas.

Salas de espectáculos públicos

Informe

por EDUARDO VASCO

Señores Académicos:

El problema del cine que ha sido sometido a nuestra consideración es de gran actualidad y trascendencia; es más: es un problema de higiene social en el cual entran el aspecto general y el aspecto mental.

No sólo se ventila en él todo lo relacionado con los peligros del aire enrarecido por el exceso de anhídrido carbónico y la falta de ventilación adecuada; ni es tampoco cuestión únicamente de la manera como los cambios bruscos de luz y de temperatura afectan la visión y el aparato respiratorio, ni tampoco se trata solamente de las enfermedades transmitidas por factores muy frecuentes en los lugares públicos, no suficiente ni frecuentemente desinfectados, ni del peligro de esos lugares encerrados que no tienen salidas suficientes de emergencia, lo cual en un momento dado puede ocasionar una verdadera catástrofe.

El problema es mucho más grave y mucho más complejo, puesto que abarca, fuera de lo enunciado más arriba, la azarosa interrogación de cómo reacciona a la influencia del cine destinado al grueso público la psiquis del niño y del adolescente, y sobre todo la personalidad psicopática. Lo que quiere decir, que el asunto sometido a la consideración de la H. Academia, plantea cuestiones trascendentales que van desde los peligros de toda promiscua aglomeración en lugares encerrados y a los cuales tiene acceso libre toda clase de enfermos, hasta la misma etiología de la delincuencia y la neurosis, punto este último que paso a tratar muy someramente.

En primer lugar, hay que reconocer que el cine responde a una necesidad psicológica cual es la de alimentar esa sed de fabulación y de ensueño que vive latente en la estructura espiritual del hombre; de allí su éxito sin medida, su influencia incontestable y desgraciadamente también su enorme peligrosidad.

Con sobrada razón escribía el Dr. Gustavo Lebon: “Si fuera dueño de los cinematógrafos del país, transformaría las costumbres y las creencias de

todos los ciudadanos”. Bien hubiera podido agregar el ilustre profesor que podría también agudizar la inteligencia, ampliar el radio de los conocimientos, apresurar el avance de las ciencias, robustecer la afectividad de las nuevas generaciones y aun mejorar la biología de ellas con un cine adecuado riguroso y científicamente controlado, dirigido, no a la satisfacción de los apetitos inferiores, sino a altas y nobilísimas labores constructivas, tal como el que se emplea hoy en las industrias de guerra y que es el reverso de ese lodo camuflado que pasa por las pantallas de nuestros teatros y en el cual incuban todas las alimañas que han de morder hoy o mañana el cuerpo o el espíritu.

Aparentemente parece una gran audacia decir que el cine transforma la estructura somática del individuo. Pero las estadísticas son concluyentes: una niña sometida tempranamente a la excitación de películas realistas, sacada de un medio discreto y sin ninguna preparación para la vida, al ambiente sensual de la sala de cine, madura precozmente su sistema gonadal, despierta tempranamente sus instintos y apresura su menstruación. Lo mismo puede decirse de los jóvenes. El análisis del promedio de niños y niñas que frecuentan habitualmente las salas de cine, comparado con el de los que no lo hacen o las frecuentan muy de tarde en tarde, muestra que en los primeros es más precoz su desarrollo sexual, más viva y extensa aunque no más profunda su capacidad de comprensión y mucho más vulnerable su personalidad al imperativo de las tendencias inferiores. Esto en cuanto a los aparentemente normales.

Ahora: en cuanto a su influencia sobre los neuropatas que son legión entre nosotros, es sencillamente desastroso; acentúa la hiperemotividad en los unos, la perversión en los otros, la fuga de la realidad y la apatía en los de más allá, y disminuye en todos ellos su capacidad de resistencia a las llamadas del instinto y a los choques y fracasos naturales de la vida.



Bien puede decirse que la capacidad intelectual de esta generación del cinematógrafo es superior a la anterior en cuanto a conocimientos generales y a experiencias adquiridas, pero es inferior en el esfuerzo de concentración, en la tenacidad ante la dificultad y en cuanto al sentido de responsabilidad.

Sencillamente porque el alimento que reciben, es decir, la nutrición del cuerpo y del espíritu, es deplorable: dejan de consumir, aunque los tengan, alimentos indispensables a la estructura y conservación del soma, para hartarse de excitantes que queman inútilmente las energías hormonales y vitamínicas en las salas de cine, en los cafés de moda y en los contactos epidémicos bajo la semioscuridad de la ventana celestina.

Hay personas que necesitan el cine, como otras el café y otros estímulos; tal pasaría, por ejemplo, con los hipotiroideos y los vagotónicos en general, pero la gran mayoría de nuestras gentes son impresionadas en forma intensa por el cine.

Localizando el problema a la infancia y a la adolescencia, la cuestión se hace mucho más espinosa porque en ellas el cine va a perturbar el flujo y reflujo de aquella conciencia naciente; porque va a acentuar y a hacer más peligrosas las conmociones de la pubertad y porque le va a dar armas de dudosa moral a un ser en quien no se han formado todavía firmemente los resortes morales y por tanto no puede aplicar los controles en el momento necesario; porque la mayor parte de las cintas que van a pasar ante sus ojos son ejemplos de disolución y de crimen, y porque va a creer que en la vida real como en el cine, la ciencia y la fortuna se conquistan en un día, y esto lo volverá un arribista que quiere llegar pronto sin importarle los medios; porque va a exaltar hasta lo imposible su imaginación, quitándole intensidad a las otras funciones de la inteligencia y

porque al exacerbar su irritabilidad nerviosa, debilita su voluntad, quebranta su salud y por lo tanto disminuye su rendimiento escolar.

Porque hay que convenir que la casi totalidad de las cintas que pasan en nuestros teatros, no enseñan nada fructuoso sino que la mayoría de las ocasiones perturba y corrompe. Un niño es llevado a una película que se dice educativa, pero en ella intercalan trozos de otras que se darán en los días siguientes, y de estos extractos casi siempre lo peor, lo excitante, lo que deja flotando a flor de piel la sensualidad; de allí el que un joven que trasponga los umbrales de una sala de cine diariamente, cambia unas pocas horas de esparcimientos por días de incertidumbre, semanas de irritabilidad nerviosa, meses de desafecto por las cosas sencillas de la vida y años de aridez y de neurastenia.

Y si ese adolescente pertenece a la extensa familia psicopática, entonces aquella influencia produce sobre la psiquis predispuesta una verdadera intoxicación, de la cual resultan muchas crisis de tipo convulsivo, terrores nocturnos, pánicos inmotivados, aberraciones y fobias, forjando en ella con la siembra permanente, la neurosis y el delito; es decir, que despierta predisposiciones que estaban adormecidas por la intimidación social y que en un momento dado rompen las capas protectoras, dejando al descubierto toda la gama de los apetitos inferiores.

La pregunta concreta que debemos considerar es la siguiente: ¿a qué edad debe permitírsele al joven que entre libremente en las salas de cine? Trátándose de las cintas que nos vienen y que son exhibidas diariamente en nuestros teatros y teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, bien pudiera contestarse que aquella libertad sólo debe otorgarse después de los 18 años, es decir, cuando en la gran mayoría va

aminorándose la crisis de fermentación por la cual pasa la juventud con más o menos violencia de los doce o trece años en adelante. Pero como esta sería una solución drástica dados nuestros usos y costumbres, se nos ocurren dos soluciones: la primera sería solicitar de los empresarios horas y días especiales para la exhibición de películas educativas escogidas y seleccionadas por una junta técnica, procurando darles la mayor atracción posible a aquellas por medio de dibujos animados, cintas históricas y de excursiones hechas únicamente con el fin de ilustrar. Una vez que se hayan organizado debidamente estas exhibiciones, entonces se procede a prohibir con absoluta rigidez la entrada a las salas generales y especialmente en las horas nocturnas a menores de 18 años, a menos que vayan acompañados por sus padres o representantes.

La otra solución podría ser la siguiente: hasta los doce años, permitir a los niños la entrada únicamente a espectáculos especiales y seleccionados previamente, y de allí en adelante autorizar la entrada general a las salas comunes siempre que los empresarios se prestaran a llenar determinadas condiciones tales como evitar los cortos de películas que en alguna forma afecten la moral y las buenas costumbres, seleccionando para las vespertinas cintas interesantes de tendencias altruistas y de miras educativas.

Y al escoger la edad de los doce años, queremos dar esta explicación: en aquel período de la vida el adolescente pasa por una etapa de ensimismamiento, se le nota alelado y tímido, como desprovisto de curiosidad por los problemas de afuera, el torbellino exterior le llega lejano y disminuido, y son menos vulnerables a las sensualidad, de modo que al permitirle la entrada a ciertas películas en este momento de su vida, se les perjudica un poco menos y a algunos pocos hasta se les ayuda a salir de su ensimismamiento.

Y de los 18 años en adelante, debe dárseles entrada franca a donde quiera, pero las juntas de censura deben ser especialmente estrictas con ciertas películas que no son de recibo ni aún para un público culto y preparado, y mucho menos para el de los suburbios a cuyos teatros va a dar las películas más peligrosas y más desvergonzadas. ☺



La luz que agoniza, Cuando quiere un mexicano y El buen pastor fueron éxitos taquilleros en 1945. Tomadas de El Correo. Sala Antioquia, BPP.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

A GALOPAR

Se nos quedaba el western en el tintero, lector. Será cosa de minutos. Muy pronto advirtió Hollywood que tenía una épica bajo la manga, y se puso a la tarea de narrar esa canción de gesta. Todo comenzó con *The great train robbery* (1903), siguió con las hazañas de un Tom Mix, un Broncho Billy, un William S. Hart, empezó a hablar en 1930 con *Billy The Kid*, de King Vidor. Cuando John Ford filma *La diligencia*, todo estaba ya en su punto y sazón.

La diligencia es de 1939, y aunque, paradójicamente, inspirada en un cuento francés (*Bola de sebo*, de Guy de Maupassant), proclama la madurez definitiva del género, su personalidad inalienable; Ford se acabó de consagrar aquí, y con él John Wayne, su actor icónico. Juntos cabalgaron largos años, para bien del cine. Muchos ven en *The searchers* su mejor película. Este cronista se inclina por *El hombre que mató a Liberty Balance* —que además cuenta con James Stewart, y con un perfecto villano, Lee Marvin—, un ejemplo soberbio de puesta en escena y de fluidez narrativa. Como todo Ford, por lo demás.

El otro gran vaquero del cine fue sin duda Gary Cooper, presente en otros filmes magistrales del género. Algunos: *The westerner*, de William Wyler; *Veracruz*, de Robert Aldrich; *La hora señalada*, de Fred Zinneman... Por cierto, no sobra señalar que Cooper superaba a Wayne en registro actoral; supo ser legionario, cuáquero, científico ingenuo, luchar en la Guerra Civil española, enamorarse a Audrey Hepburn...

Muchos otros actores vistieron con solvencia arcos vaqueros. La larga lista atestigua la vitalidad del género: Henry Fonda, Burt Lancaster, Kirk Douglas, Gregory Peck, Randolph Scott, Glenn Ford, Paul Newman, Steve McQueen... Tal vez más curiosa es la lista de los que no lo hicieron: ni Cary Grant ni Spencer Tracy ni Humphrey Bogart ni Warren Beatty ni Robert de Niro ni Al Pacino (Marlon Brando sí lo hizo, pero no aprobó).

Veo que empiezas a bostezar, así que me apresuro a mencionarte dos películas caras a mi santoral: *Shane*, de George Stevens, con Alan Ladd, y *La flecha rota*, de Delmer Daves, con James Stewart y Jeff Chandler. En la primera las balas hacen dúo con la poesía; en la segunda las flechas no nos impiden observar, quizás por vez primera, la presencia del indio. Y ahora sí, el del estribo.

Un último párrafo para hablar de los *spaghetti western*, brillantes ejercicios paródicos que a comienzos de los sesenta consagraron en Europa a un oscuro actor gringo, Clint Eastwood, de la mano de Sergio Leone y bajo la batuta de Ennio Morricone. Ya famoso, Eastwood regresó al redil y dirigió un par de *western* estupendos, en la más limpia tradición del género. Y hasta aquí llegamos.

Cada cierto tiempo algo parecido a un *western* surge de las cenizas, sugiriendo que aún hay guardián en la heredad. Los ancianos de la tribu miramos esos brotes con sabio desapego. Además, cada vez son menos. También nosotros.

CODA

Una crónica de *El Mundo* nos entera de la existencia en Medellín de un lugar que alberga a un grupo de payasos. Se llama Casa Clown, queda en Manrique, y tiene un brazo escénico, Infusión. No insisto en la crónica, que se queda corta. Solo quiero quitarme el sombrero ante esta tropa tan absurda como terca, que parece sacada de un cuento de Roberto Arlt, o incluso de Chesterton. Y también, por qué no, ante esta ciudad impredecible, que, así sea por ignorancia, la acoge. ☺



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Carta abierta al humorista involuntario



por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustración: Samuel Castaño

1. El perfil de los números primos

La primera y única vez que hablamos fue en Carlos E. Restrepo, el 29 de mayo de 2008, siete días después de su debut como provocador en la Universidad de Antioquia: esa tarde subió al escenario del Camilo Torres con trece perros rescatados de las calles, pero luego hizo bajar a uno que interrumpió su perorata a punta de ladridos. Casualmente, yo había dejado de leer su obra tras su libro número doce, publicado en 2002, a los 31 años de su exilio en México. Usted había anunciado que ese sería el último, “el ultimísimo”, pero no fue así, lo que iba en contra del quinto mandamiento de mi decálogo de lector, esto es, si alguna de mis plumas de cabecera rompe esa promesa, nunca pasaré mis ojos por el resto de su obra. Ese decálogo lo heredé de mi guía literario, el lector más voraz que he conocido, mi difunto tío Beto. Para él, la clave de ese libro número doce estaba en el vocablo “espejo”, presente trece veces allí, en ese prisma hendecagonal en el que usted hizo lo imposible para un narrador en primera persona: desdoblarse para decir yo me morí. A esa imposibilidad mi tío la llamó una broma literaria, al estilo de *Sunset boulevard* en el cine, y usted un *tour de force*. En la FIL de Guadalajara del 2015, Pilar Reyes, su editora, dijo que ese *tour de force* fue para usted un golpe de vida, y que de ahí en adelante se ha convertido en el escritor que más ha narrado

su propia muerte desde distintas historias. Usted estaba en ese evento, por séptima ocasión en esa feria internacional de las vanidades, sito entre Pilar Reyes y Jorge Volpi, quienes le servían de soporte para la presentación de su libro número veintiuno. Además del récord que le atribuyó la susodicha editora, ese día usted quebró una marca personal, pronunció su discurso más corto hasta hoy, de tan solo 151 segundos. Fue una píldora de lo habitual con una pequeña variación de colofón: al final escupió que con dos libros más, o sea con un total de veintitrés, podrá bajar tranquilo al sepulcro... ¿Sabía usted que todos los grandes anarquistas murieron un día 23? La película alemana *Nada es lo que parece* abre con ese dato menor. Es de 1998, año en el que, después de largo rato sin hacerlo, usted dejó su casa de la Avenida Amsterdam, la calle circular. Se fue por la tangente que desemboca en Barcelona, a una feria del libro en la que Colombia era el país invitado. La sede era el Mall de Fusta, una bifurcación de Las Ramblas, del paseo que nunca duerme. Al recorrerlo, ese insomnio se le sumó al suyo. A tal punto que, no bien arribó al Portal de la Paz, de cara al Monumento a Colón, se hizo la pregunta cardinal de Pasternak: ¿Por qué me asusto cuando conozco el insomnio tanto como la gramática, cuando es mi aliado? La respuesta tardó cuatro abriles para materializarse, sería su libro número doce. Otro de los invitados colombianos a esa feria del libro de la ciudad condal, fue su difunto colega Óscar Collazos. Sí, él, al igual que usted,

nació en 1942, pero murió en mayo de 2015, o sea unos meses antes de que usted lanzara al mercado su libro número veintiuno. Collazos, además, le escribió tres columnas de opinión fechadas en el siglo XXI. En la primera, lo llamó anarquista de derecha. En la segunda, hereje. Y en la tercera, anarquista inofensivo. El único denominador común de esa trilogía veleidosa fue la forma alegórica en que lo definió a usted, a través de una de las máximas más trilladas de Paul Valéry: “El león no es más que un cordero con rabia”.

Posdata: En una columna paralela a la tercera de Collazos, Eduardo Escobar, el nadaísta, dijo que usted en esencia “no es más que un sentimental disfrazado de nazi”. A propósito: ¿No le parece que los nadaístas se debieron haber autodenominado más bien nevernistas? Sí, de *neverness*, un vocablo inglés del siglo XVII, en desuso, muerto, inventado por Wilkins en *El idioma analítico*, y que Borges revivió en *Borges para millones*, documental estrenado el 14 de septiembre de 1978. *Neverness*: “aquello que nunca ocurrirá”.

2. Margarito Ledesma

Como vio, yo creo ciegamente en los números primos. Por eso, a pesar de mi timidez, me acerqué a hablarle ese día, un 29 del mes cinco. Además, en ese 2008, se cumplían 37 años de su exilio en México, y usted estaba a uno de llegar a los 67, y muchos personajes que he admirado murieron cuando los dígitos de su edad sumaban trece, luego, yo creía

que usted estaba próximo al más allá, y que esa era mi última oportunidad para dirigirle la palabra. Yo estaba con mi novia, celebrando por anticipado nuestros primeros cuatro meses juntos. Era su etapa dulce y gregaria, combinación inestable que manifestó, por ejemplo, usurpando mi historial de préstamos de la BPP, sí, la biblioteca que marcó la lejana adolescencia suya, pero cuando la sede quedaba en la avenida La Playa. Ella quería leer todo lo que yo había leído, y le recomendé que iniciara con su obra por una razón muy simple: a usted le regalaron a su difunta perra Bruja, omnipresente interlocutora en su pentalogía autobiográfica, casi siempre transfigurada en función de vocativo, un 6 de enero, y yo nací un 8 y mi novia un 10, ambos de ese mes inaugural. Además, la Bruja murió de trece años, todo un récord para un gran danés. Así que, aparte de estar en la etapa dulce y gregaria de nuestro noviazgo, mi novia vivía la adición inicial que producen sus libros. De ahí su sorpresa cuando le dije una cursilería: “Allá viene el autor al que quieres más que a mí”. Usted iba acompañado por varios familiares, camino a la antigua sede del MAMM, a una exposición de Débora Arango. Ya habían pasado ocho años desde su discurso más popular, viral en las cadenas de Hotmail antes de la irrupción de las redes sociales, dirigido a los jóvenes de Colombia. Allí, el narrador en el que se convierte usted, el cordero rey de la selva o el romántico de las SS, duda de su existencia histórica por primera vez: “Hoy les estoy hablando, vivo, o lo que

parece”. E instalado en esa incertidumbre esencial, ruge, dispara frases de neón: “Yo he vivido a la desesperada, y se me hace que a ustedes les va a tocar vivir igual”. Y sí, los que intuíamos en nuestro futuro esa extrapolación de su experiencia, hicimos fila aquella noche para saludarlo a la entrada del MAMM. Mi novia, por supuesto, no me acompañó. Mi única preocupación en la cola de esa fila inútil, era cómo romper el hielo, para lo que ensayé una estrategia bipartita: 1) Me ubiqué en su tiempo y en su perspectiva historiográfica, 2008 = año 252 de la era de Mozart. 2) Como yo no puedo separar al autor de su obra, lo repasé a usted en cifras brutas: cinco operaciones en los ojos, tres en el derecho y dos en el izquierdo. Nueve pasaportes, ocho colombianos y uno mexicano, el primero dado en Medellín el 18 de marzo de 1964. Regido por dos mandamientos, aún no sumaba el “No votarás”. Dos veces biógrafo, todavía no salía a la luz como hagiógrafo, etc., etc. Numerización espuria que me remitió a la frase que demostró su calidad de fantasma, de ser invisible e intangible: “Llevo cientos de páginas diciendo yo y hasta ahora nadie me ha visto”. Fractal de fractales de nosotros los escritores en primera persona que bifurca el cuarto libro de su pentalogía autobiográfica o autobiografía imaginada. Y allí, en la primera contraportada de ese libro indulgente, la del 89, encontré la mejor forma para romper el hielo: ¿Cómo está don Fernando, o debería decirle Margarito Ledesma? Sonriente y sonrojado, usted replicó con otra pregunta: ¿Cómo lo supo? Yo le respondí que gracias a mi tío Beto, lector voraz, ludópata y, por lo tanto, practicante, como usted, de la libromancia. Por ciertas marcas textuales, mi tío descubrió que, Margarito Ledesma, era el seudónimo que usted había usado para comentar los últimos dos libros de su pentalogía autobiográfica, comentarios burlones que aparecían en las contraportadas de los mismos, en las de editorial Planeta: “El autor continúa por lo pronto con su caprichoso recuento de

lo vivido y de lo soñado, sin distinguir entre lo uno y lo otro, ni de paso entre lo que son memorias y lo que son novelas, confundiendo los géneros literarios”. Pero Margarito Ledesma ya había sido el seudónimo de alguien más, de Leobino Zavala (1887-1974), quien fuera notario y diputado local y federal de San Miguel de Allende, ciudad del estado mexicano de Guanajuato. En 1950, bajo el genérico *Poesías*, Margarito Ledesma publica su primer y único libro, prologado por Leobino Zavala, quien cuenta que, alrededor de 1910, recibió el encargo de revisarlo, corregirlo y publicarlo, pero lo archivó sin leerlo. Con lo que tal vez quiso decir que tardó cuarenta años para idear una contradicción que vendría en otra, para idear a un poeta provinciano, prácticamente analfabeto, que, en sus poemas, explotaba todos los clichés del Modernismo, a un poeta popular que, por el desdén de la crítica, se fue convirtiendo en poeta de culto. Doble contradicción que va muy bien con su apelativo, porque, según Leobino Zavala, Margarito Ledesma, en lugar de poeta, prefería que lo llamaran humorista involuntario... A lo mejor usted también quiere que lo recordemos con ese apelativo. No por nada, para ir de una contraportada a otra, en la de su libro número veintiuno, se iba a leer: “Un libro sobre un paraíso perdido en la pluma de uno de los más grandes prosistas de la lengua”, pero, como reveló Pilar Reyes en la referida presentación del mismo, en aquella de la FIL de Guadalajara del 2015, usted preferiría que se leyera lo siguiente: “Un libro sobre un paraíso perdido en la pluma de uno de los escritores más burlones del idioma”, y así quedó.

3. Emigración póstuma

Según usted, “el lector es cambiante, voluble, pasajero... El lector es una puta”. Y tiene razón: yo, por ejemplo, cuando abandoné su obra tras leer su libro número doce, la reemplacé por la de Thomas Bernhard. Sí, aquel escritor austriaco con el que eventualmente lo

comparan los críticos europeos, después de tachar en la lista a Céline, Bloy, Genet, Cioran, Renan, Lautréamont, Vian, etc., y que, ha reiterado usted en unas cuantas entrevistas, nunca ha leído. Y le creo, porque usted dejó de leer literatura cuando empezó a escribir, alrededor de 1982, y justo un año atrás, en la edición 14 de *Quimera*, Miguel Sáenz, el que sería el gran traductor de Bernhard al español, se quejaba por la apatía de las editoriales españolas frente a la obra de dicho autor de lengua alemana, y usted no sabe alemán. Bernhard tampoco leía literatura, era lector voraz de prensa, de los periódicos que más odiaba. Según Juan Villoro: “Ahí encontró lo poco que vale un idioma, el pensamiento como la más banal de las abyecciones, y transformó esa hojarasca en una sinfonía descomunal a través de su obra”. Voltaire fue uno de los pocos autores que mencionó en sus libros, y a usted el crítico Christopher Domínguez Michael, casualmente, lo tildó de moralista del siglo XVIII. En una entrevista que le concedió usted al susodicho Villoro, publicada por *El País* de España el 3 de enero de 2002, él le preguntó: “¿Se imagina escribiendo desde un entorno plácido o necesita, como Bernhard, el roce con lo que detesta?”. “No he leído a Bernhard pero sé que él insultaba a Austria, su patria, porque la odiaba; yo en cambio insulto a Colombia, la mía, porque la quiero. Y porque la quiero, quiero que se acabe: para que no sufra más”. En una de las pocas entrevistas que dio Bernhard, publicada en 1987, Asta Scheib le preguntó: “¿Escribe usted desde una posición de odio universal?”. “Yo amo a Austria. Esto no se puede negar. Pero la estructura del Estado y de la Iglesia es tan horrible que solo se puede odiarla”. En esa misma entrevista reveló que dejó la música porque no es una práctica solitaria como la escritura. Y usted, en la entrevista con Villoro, dijo: “Lo que yo hubiera querido ser en la vida es músico, compositor. Pero como no tenía música en el alma, no me quedó más remedio que dedicarme a esas dos artes menores del cine y la literatura”. *La flauta mágica*, primera ópera que oyó y vio, la que más oyó y vio, fue la piedra angular de Bernhard, y para usted “Mozart es lo máximo”. La piedra angular de su moral es su primer mandamiento: “Nadie tiene derecho a reproducirse, imponer la vida es el crimen máximo”. Y Bernhard escribió en *Maestros antiguos* *Comedia*, su penúltima novela, protagonizada por un musicólogo de 82 años, lo siguiente: “Somos indulgentes con los padres en lugar de acusarlos durante toda la vida del crimen de engendrar seres humanos”. A propósito de comedia, en Extinción, su última novela, Bernhard apuntó que uno debería dejarse erigir en viejo bufón a los cuarenta. Y usted empezó a escribir, precisamente, a los cuarenta. No por nada, a pesar de ser calificado por Reich-Ranicki como “el poeta más sombrío y el profeta más amargo de la literatura alemana”, Bernhard definía su creación literaria como *Lachprogramm* o programa cómico. “¿Quiere hacer usted reír a la gente con lo que escribe?”. Le preguntó Krista Fleischmann en 1981, a lo que Bernhard respondió: “No, eso viene solo, no tengo que esforzarme mucho”. Luego, como usted, Bernhard era otro humorista involuntario. Y también era considerado un maestro de la exageración y la repetición y también renunció al catolicismo y también odiaba al papa y también escribió una pentalogía autobiográfica, etc., etc. Pentalogía en la que torció fechas y hechos para que se ajustaran a números cabalísticos como el tres y el siete, y en la que, paradójicamente, nunca mencionó a su compañera sentimental, 37 años mayor que él, con la que compartió 36 abriles, y a la que llamaba “el ser de mi vida”, y usted tampoco mencionó en su pentalogía a su compañero sentimental, trece años mayor que usted, con el que ha compartido 46 abriles, y el número de la casa en la que usted pasó sus días azules, aquella de la calle Perú del barrio Boston, es 36-35, etc., etc. Thomas Bernhard, su par austriaco, murió un 12 de febrero de 1989, tres días después de cumplir 58 años, edad en la que los dígitos suman trece. De ahí el motivo de esta carta abierta: usted este año, 2017, publicó su libro número veintidós, o sea que está a uno de alcanzar el número de libros publicados con el que, según dijo en 2015, podrá bajar tranquilo al sepulcro, y el próximo año, el 24 de octubre de 2018, cumplirá 76, edad en la que los dígitos suman trece, luego, muchas gracias por sus primeros doce libros, los disfruté bastante, y así como Bernhard llamó a su testamento una “emigración póstuma”, en el que prohibió la publicación y representación de su obra en Austria mientras estén vigentes sus derechos de autor, le deseo un buen viaje a lo que se avecina, el más allá. ☺

El Inca de los Andes caza las ruinas de su gran imperio

por HUNTER S. THOMPSON

Traducción al español de Luis Cáceres Álvarez

Cuando el frío andino desciende sobre Cuzco al anochecer, los camareros corren a bajar las persianas del salón del gran hotel en el centro de la ciudad. Lo hacen porque a esa hora los indígenas llegan a la entrada de piedra y miran, fijamente, a la gente que hay dentro. La ceguera envuelve a los turistas. Una vez que bajan las persianas, la sala de alto techo artesonado se anima de inmediato.

Los indígenas presionan sus rostros entre las barras de hierro que protegen las ventanas. Tapan el cristal. Silban. Sostienen extrañas baratijas para vender. Imploran por "monies", y generalmente arruinan el anhelo de los turistas por un inevitable pisco sour.

No siempre fue así. Esta ciudad de aire crujiente y noches frías en las montañas andinas sirvió como la capital rica en oro del imperio inca hasta 1532, la sociedad indígena que el experto en Sudamérica Harold Osborne ha llamado "la única civilización que ha logrado hacer de los Andes, realmente, un lugar habitable para el hombre". En muchos de los edificios cuzqueños aún reposan cimientos incas, enormes paredes de piedra que han perdurado a lo largo de cuatrocientos años de guerras, saqueos, terremotos y descuido general.

Una imagen de miseria

Hoy, sin embargo, el indígena es un triste y desesperado espécimen que anda en la miseria, en la enfermedad, la suciedad, descalzo, envuelto en harapos y que mastica hojas de coca para aliviar el dolor de la realidad. Cojea por las calles empedradas de la ciudad que una vez fue la capital de su civilización.

Su cultura ha sido reducida a un montón de piedras. Los arqueólogos señalan que es un interesante montón, pero el indígena no tiene mucho estómago para hurgar en sus propias ruinas. De hecho, hay algo patético en que un niño indígena te conduzca a través de un campo para ver lo que él llama "ruinas". Por el servicio quiere "monies", y estará quieto a menos que le apuntes con tu cámara, lo cual costará unos diez centavos por disparo.

Probablemente, un indígena entre mil tiene alguna idea de por qué la gente llega a Cuzco a observar "ruinas". El resto tiene otras cosas en que pensar, como conseguir lo suficiente para comer. Esto ha hecho de Cuzco uno de los puntos de agitación comunista en el continente.

Revoluciones recurrentes

"Levantamientos campesinos" inspirados por comunistas son viejas noticias en Cuzco, pues datan de principios de 1940. Lo cierto es que son familiares en todo el Perú. Una vez durante la Segunda Guerra Mundial, los comunistas se apoderaron de Cuzco y construyeron una gigantesca hoz y martillo de piedras encaladas sobre una colina con vista a la ciudad.

El patrón no ha cambiado mucho desde entonces. El invierno pasado el dirigente campesino Hugo Blanco organizó una milicia indígena en el Valle de La Convención, cerca de aquí, y llevó a cabo una serie de hostigamientos. Casi al mismo tiempo, hubo huelgas y peleas en las minas de Cerro de Pasco, propiedad de los Estados Unidos.

Pero el fenómeno no es restringido a las ciudades, ni solo a Perú. También es visto en el campo y en otros dos países andinos, Ecuador y Bolivia. De las tres naciones, solo Bolivia se ha preocupado por incorporar a los indígenas en la vida nacional. Perú ha tomado algunos pasos nerviosos y medidas tentativas, y Ecuador casi nada.

Las poblaciones combinadas de los tres países suman 18 500 000, de los cuales el 10% son blancos. Aproximadamente, el 40% son indígenas puros, y el resto son cholos, o mestizos. Si los indígenas y cholos se unen y desarrollan su poder, la configuración del norte de Sudamérica jamás podría ser la misma.

La cerveza es abundante

El comunismo no es el único motivo que puede despertar violencia en los, normalmente, tranquilos indígenas. Otra opción es la poderosa chicha, la cerveza casera de los Andes, que es bebida en grandes cantidades. En 1953 un estudio antropológico en Bolivia reportó 979 botellas que fueron consumidas en una provincia. Por cada hombre y mujer adulto se destaparon un promedio dos botellas y media al día.

Otra influencia de agitación es el conservadurismo extremo. Un ejemplo: el otoño pasado en Ecuador, una unidad de saneamiento de las Naciones Unidas patrocinada por la Misión Indígena Andina fue atacada por indígenas quienes habían escuchado que los hombres eran "agentes comunistas". Un médico y su asistente fueron asesinados. Quemaron el cuerpo del primero. La prensa ecuatoriana calificó el incidente de "una trágica consecuencia de la rivalidad entre la extrema izquierda y la extrema derecha para ganar apoyo indígena".

Este incidente y otros parecidos fueron atribuidos a elementos conservadores que se oponen a la reforma agraria o a cualquier otro cambio en el *status quo*. El ejemplo de Bolivia ha demostrado que una vez que los indígenas empiecen a votar tienen poca causa común con los terratenientes e intereses industriales. Por lo tanto, la mejor esperanza para el *status quo* es mantenerlos ignorantes, enfermos, necesitados, y políticamente impotentes.

A ellos no les gusta el cambio

Y los indígenas, que viven principalmente en una meseta árida que se extiende desde unos diez mil pies sobre el nivel del mar en Ecuador a quince mil en Bolivia (Denver, por contraste, está a 5280 pies), son curiosamente receptivos a este conservadurismo. Desde la destrucción de su imperio por los españoles a mediados del siglo XVI, el indígena ha visto todos los cambios para peor, excepto, a veces, los cambios propugnados por sus "líderes campesinos" de inspiración comunista. La palabra "gobierno", para ellos, ha sido sinónimo de "explotación".

Una antigua tradición indígena, ahora en decadencia, era recibir a todos los forasteros por un pasillo de piedras, porque ellos invariablemente acarrearían problemas. Hasta hace muy poco cualquier hombre que llegara por "negocios oficiales" podría haber significado que un pueblo entero fuera enviado como mano de obra a las minas por el resto de sus vidas.

Incluso cuando está convencido de que alguien está tratando de ayudarlo, el indígena se resiste a cambiar sus métodos. Arnaldo Sanjines, un trabajador boliviano para el Servicio Agrícola Interamericano en La Paz, cuenta que se detuvo en una pequeña granja para demostrar el uso de un arado de acero a un indígena que usaba el mismo arado que sus antepasados hace quinientos años. El anciano usó la nueva herramienta y estaba, obviamente, convencido de su superioridad, pero finalmente se la devolvió.

"Ah, señor", dijo, "este es un arado maravilloso, pero me gusta el viejo de madera, y creo que voy a morir con él".

El trueque es una forma de vida

El Señor Sanjines sacude la cabeza con tristeza mientras habla de los doce años que ha pasado en el servicio, tratando de convencer a los indígenas de renunciar a sus antiguos métodos de agricultura. Uno de los principales obstáculos, dice, es que ellos viven casi en su totalidad fuera de la economía monetaria; subsisten, como siempre han hecho, en un sistema de trueque. Un indígena, después de caminar por millas a un mercado del pueblo, vuelve a casa para decir que fue engañado porque todo lo que obtuvo por su producción era dinero.

Hay una clara distinción entre los "indígenas urbanos" y los que se quedan en las montañas. Desde el sur de Bogotá, las ciudades andinas están invadidas por "mendigos indígenas" que no tienen reparos en mentir en las calles principales, agarrando las piernas de cualquier transeúnte que parezca exitoso.

Uno de los grupos más eficaces de ahora que trabaja con los indígenas en Bolivia son los Maryknoll Fathers, una orden católica con sede en La Paz. Un sacerdote dice: "Bolivia no tiene una oportunidad a

menos que los indígenas se unan al país. Estamos haciendo algunos progresos aquí, más que los otros, de todos modos. En Perú y Ecuador lo único que hacen es crear concesiones necesarias".

En 1957 el padre Ryan, uno de los veteranos de Maryknoll, comenzó en Radio Penas, que transmite lecciones en español a los millones de indígenas que solo hablan quechua o aymara. Con tres mil receptores de frecuencia fija, donadas por Bloomingdale's en Nueva York, los Maryknolls han enseñado a unos siete mil indígenas en los últimos cinco años a hablar el idioma del país. Hay una clase diaria, pero es difícil conseguir que sintonicen el horario correcto, porque ellos anuncian la hora por el sol.

El centro del "problema indígena" es Perú, imán de oro que llevó a los españoles a América del Sur en el siglo XVI. (En los primeros seis meses de la

conquista, Francisco Pizarro y sus hombres saquearon templos incas con adornos de oro por más de veinte millones de dólares, que se fundieron y se enviaron a España). Perú fue el escenario de varias batallas sangrientas por la conquista. Pizarro decidió construir Lima, su Ciudad de los Reyes, desde donde virreyes españoles dirigirían los Andes hasta que fueron expulsados en 1821.

La lucha por el poder

Hoy en día la "riqueza de los Andes" ya no es el oro, es el poder político adormecido en la población indígena. Esto explica la larga y amarga lucha por el apoyo indígena entre comunistas peruanos y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra).

La revolución de 1952 en Bolivia contra los intereses dictatoriales llevó la presión indígena al país; se entregó el

derecho a voto al indígena, y al menos permitió el inicio de una influencia en el gobierno. Ecuador no parece, por ahora, una amenaza; el punto de ebullición allí está aún a varios años de distancia.

Sin embargo, en el Perú la presión está como jamás ha estado antes, y el principal punto es aquí en Cuzco. Y quienquiera que consolide el apoyo indígena en esta nación no solo gobernará sino que precipitará eventos en Bolivia y Ecuador.

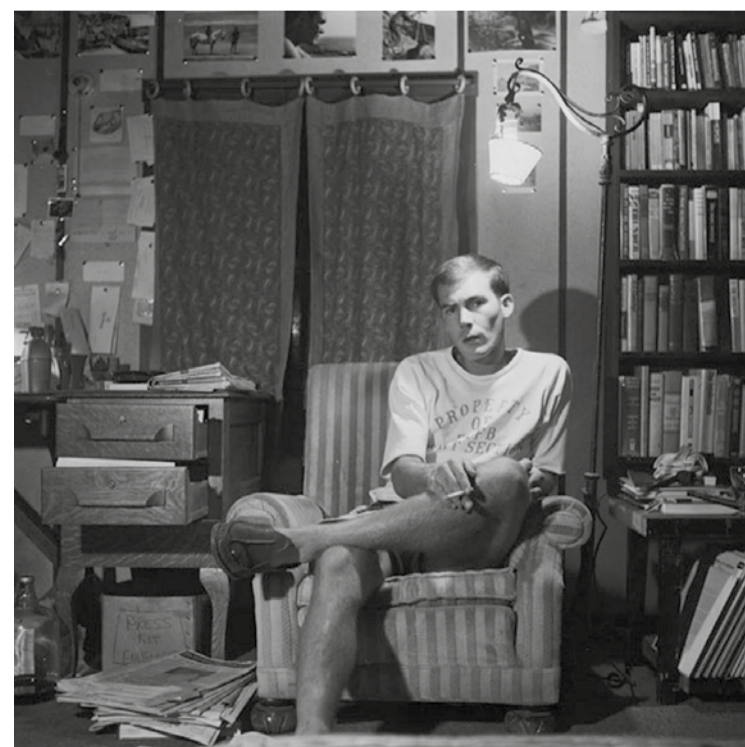
Hoy en Cuzco, los turistas todavía pasean por la ciudad y pagan a indígenas harapientos por posar para las fotos. Todavía toman el pequeño tren a Machu Picchu para mirar las fabulosas ruinas. Todavía se sientan en el cómodo viejo hotel y beben pisco sour mientras los camareros tiran de las persianas. Pero los indígenas están todavía afuera, y si los recientes eventos son un indicio, se están cansando de tener las persianas cerradas frente a ellos. ©

En *El escritor gonzo, cartas de aprendizaje y madurez* (Anagrama, 2012), Hunter S. Thompson relata los incidentes que pasó en Lima, Cuzco y La Paz para escribir y fotografiar "El Inca de los Andes caza las ruinas de su gran imperio", publicado el lunes 10 de junio de 1963 en el periódico *National Observer*: "Estoy a punto de ser descuartizado aquí en los Andes por haber entregado cheques sin fondos en una lejana ciudad llamada Lima. Me buscan como se buscan las pelotas de golf, mirando en todos los agujeros. Por decirlo pronto y bien, he caído en desgracia".

Antes de que su estilo y vida derivaran en lo que se conoció como "periodismo gonzo", Thompson narró esos extraños y maravillosos, como decadentes y depravados, primeros años de los sesenta en las montañas andinas.

"El Inca de los Andes caza las ruinas de su gran imperio" entrega una imagen dura de las poblaciones indígenas y recoge su aventura por una de las principales arterias del corazón peruano. Una de las semillas de una vertiente rebelde del llamado Nuevo Periodismo estadounidense.

El texto se encuentra en la tercera parte de su primera antología: *Gonzo Papers, Vol. 1: The Great Shark Hunt: Strange Tales from a Strange Time* (*La gran caza del tiburón: Extrañas historias desde un extraño tiempo*, 1979). Desde entonces no había sido traducido a nuestro idioma.



Thompson en 1960.



Fotografía tomada de la publicación original.

MÚSICA LA PARA MEMORIA

JAIBANÁ
CAMERATA

GRANDES CONCIERTOS A POCAS MANOS

MUSEO Casa de la Memoria

Concierto

Aldemaro Romero: Confluencias de un Músico viajero

Camerata Jaibaná

Director: Juan David Osorio López (Colombia)

Saxofón solista: Esneider Valencia Hernández (Colombia)



SEPTIEMBRE 21

5:00 P.M.

Auditorio Museo
Casa de la Memoria

Cl 51 # 36-66, Medellín

(4) 385 55 55 Ext. 4001

www.museocasadelamemoria.gov.co





Hace parte de la exposición *Sobre la derrota* de Fabio Manosalva.
925 Art Gallery, Parque del Periodista, Medellín.
Se inaugurará el próximo 14 de septiembre.

Fabio Manosalva
Universale Description Di Tutta La Terra Conosciuta Fin Ovi
Collage
22 x 42 cm
2017

Historia de granadas

por JUAN CARLOS CASTRILLÓN

Ilustración: Cachorro



Si cualquiera de nosotros viviera la circunstancia extrema de necesitar una transfusión de sangre para salvar su vida, ¿recibiría esa donación de una persona desmovilizada? Lo más probable es que la gran mayoría responda afirmativamente esta pregunta. Es lógico, hay situaciones límites donde lo humano prevalece sobre otras consideraciones. Los riesgos sobre los castigos implacables quedaron claros desde *El mercader de Venecia*: “Ya que exigis justicia, ten por seguro que hoy tendrás más de la que deseas”.

Ahora bien, es normal que eso que denominan justicia transicional cause molestia, piquiña, pero no somos el único país en el mundo que ha tenido que resignar los castigos de la justicia punitiva, a cambio de una justicia restaurativa. Después de la Segunda Guerra Mundial las Waffen-SS, el cuerpo elite de los nazis que llegó a contar con 950 mil soldados, de los cuales murieron en combate 350 mil y desaparecieron cincuenta mil, surge la pregunta ¿qué pasó con los 550 mil restantes? Durante los juicios de Núremberg la fiscalía del tribunal presentó cargos contra veinticuatro miembros de la SS, solo tres de ellos reconocieron su error y mostraron un poco de arrepentimiento; el tribunal decretó once condenas a muerte, tres condenas a cadena perpetua, dos condenas a veinte años, una a

quince años, una a diez años; se registraron dos suicidios, tres absoluciones y uno sin condena. El resto de combatientes eran en su mayoría hombres de un país que necesitaba reconstruirse, eran hermanos y padres de familias de varios países, es probable que después de varios años aparecieran en ellos y en sus familiares sentimientos de vergüenza por haber hecho parte de aquella barbarie, pero eran países que a pesar del dolor de la guerra tenían que reconstruir una sociedad desintegrada.

En Colombia son más de cincuenta años de conflicto, muchas víctimas y muchas vidas involucradas en una guerra. En ocasiones una sola decisión podía poner a un joven en medio del conflicto, rodeado de metralla, frente a ollas de microtráfico, empuñando un arma sin entender por qué, sobre todo cuando esa decisión se tomó a los once años, como es el caso del ingreso de Rubén a las Farc-EP. No debe sorprender que menores de edad empuñen armas, no es exclusivo de las guerrillas, también hay sentencias de Justicia y Paz donde se reconocen listas de menores de edad reclutados por las antiguas AUC; así como son famosas las historias de sicarios y carros de las bandas criminales que no alcanzan a cumplir los dieciocho años de edad. En Colombia hay más de ochocientos combatientes del conflicto en las cárceles. Con la justicia no se discute, pero hay que separar

la necesidad de una pena con el hambre de venganza. Detrás de todo combatiente hay una familia, una madre, quizá hijos; un país que aspire a solucionar un conflicto armado debe también humanizar al combatiente.

A Rubén lo dejó su madre en casa de su abuela cuando tenía apenas tres años. Nunca se supo a dónde se fue, pero sin duda le falló su instinto materno. De su padre solo supo cuando ya era un adulto, dicen que lo asesinaron en una pelea a machete o a cuchillo en cualquier cantina. Rubén quedó al cuidado de su abuela, que lo llevó a vivir al campo, al municipio de Granada, un pueblo con fama de sufrir un eterno dominio por parte de la guerrilla. Rubén trabajó desde los seis años, sin la posibilidad de estudiar, levantado a las cuatro de la mañana a bañarse con agua fría, sin el menor asomo de esperanzas diferentes a la rula y a las cervezas en cualquier bodega en fin de semana.

En el 2000 el conflicto en el oriente de Antioquia comenzó a agudizarse, empezaron las matanzas en Granada y San Carlos, solo el municipio de San Carlos tiene la penosa cifra de 33 masacres entre 1988 y 2010. El municipio de Granada no era más tranquilo, el Bloque Metro, entre otros, pasaba por las veredas con sus listas negras, matando a quienes denominaban guerrilleros, colaboradores o informantes. En una zona controlada tradicionalmente por las

guerrillas, Rubén se acostumbró a ver guerrilleros, en ocasiones conversaba con ellos, le decían “vaya creciendo para que nos ayude en la causa revolucionaria”. Un día, cuando Rubén visitaba el pueblo, en una vereda llamada Dos Quebradas encontró un retén paramilitar y los hicieron bajar a todos; Rubén estaba con varios amigos, el mayor tenía catorce años, los paramilitares lo cogieron y lo arrastraron delante de todos, les gritaban guerrilleros, después de arrastrarlo lo asesinaron, así como a dos adultos más. Los paramilitares los amenazaron con quitarles la vida si los volvían a ver, comenzaron los desplazamientos y a partir de ese momento la vida de Rubén cambió totalmente.

Una tarde la guerrilla convocó a una reunión extraordinaria con la comunidad. El vocero de las Farc invitaba a los jóvenes a formar parte de la guerrilla más antigua de América, pero además de la retórica de defensa popular, enlistarse era la mejor garantía de seguridad. Luego de la reunión Rubén no dudaba sobre su futuro, ya muchos de sus amigos estaban en las Farc o el ELN. Luego, en una reunión de la Junta de Acción Comunal que se remataba con el partido de fútbol de rigor, sus amigos fueron asesinados mientras se bañaban en el río. Rubén se salvó porque prefirió seguir jugando fútbol que nadar. Los mataron porque vestían como

roqueros de pueblo, probablemente porque los creían marihuaneros, uno de los argumentos de la llamada “limpieza social”. Rubén lloró mucho. Tenía once años cuando le dijo a su abuela que se marchaba para la guerrilla. Ella le dijo, “mijo tal vez sea lo mejor”; su abuelastro le dijo, “vaya, eche palante mijo”. Sabía dónde estaba uno de los comandantes, así que llegó a la vereda Buenos Aires y preguntó por Fabio, alias Zapatos. “Quiero ingresar a la guerrilla, ya me da miedo estar donde estoy”, Zapatos le respondió con una pregunta: “¿Está seguro? una vez adentro no puede salir”. Rubén estaba decidido, cansado de dormir a la orilla de una quebrada porque le daba miedo dormir en la casa. Se quedó una semana con Zapatos, luego lo enviaron a un campamento principal donde le enseñaron manejo de armas, estrategias guerrilleras, códigos de disciplina, fue cuestión de tres meses, hasta que la intensidad de los combates lo llevó al candelero. A los once años ya estaba con un AK-47 de culata de madera al hombro; Rubén no sabía de dónde sacaba fuerza para cargar tanto peso, el fusil más el morral.

Su primer combate fue en San Luis, hasta ese momento había visto la acción desde lejos. Ese día salió a reconocimiento de zona, caminaba por una trocha a las ocho y media de la mañana, cuando fueron emboscados, escuchó las ráfagas de fusil, ese cascabeleo que acelera el corazón, que inunda de adrenalina, ese día le tocó ver morir al compañero que iba adelante, los disparos le dieron en el abdomen, Rubén se tiró de espaldas al barranco, temblando, mientras los demás compañeros daban guerra, él estaba paralizado. Esa vez caminaron toda la noche, le hicieron botar su equipaje, perdió sus documentos y con ellos, su anterior identidad.

Transcurrió un año. Rubén temía a los fantasmas y a las brujas durante la guardia, después de los combates el miedo cambió de bando. Durante todo el año hubo enfrentamientos, el IX Frente se agrupó para hacerse fuerte. Al mismo tiempo entró un operativo del ejército desde San Carlos a San Luis, cerca de dos mil soldados; para bajar la presión de los comandantes tapaban la autopista Medellín-Bogotá. En una de esas enviaron a Rubén y a otro grupo a San Rafael, zona con más autodefensas que soldados. Allí la organización tenía tres especialistas en explosivos, Guerreo, Mechalenta y el Chino. Era asunto del destino, la especialidad de Rubén serían los explosivos, estas son decisiones no elegidas, impuestas por los lugares, las circunstancias, los hombres y la lógica de la guerra. Estos maestros dinamiteros

sabían el proceso químico de los explosivos, cómo hacer el proceso lento o rápido, eran especialistas en la creación de *tatucos*, cilindros de gas rellenos de explosivo y metralla, y en siembra de minas antipersonas. El aprendizaje completo duró más de dos años, pero para ser un experto como el Chino se requerirían décadas del terrible ensayo y error de la guerra. Rubén hizo el “pregrado” en el manejo de explosivos.

En el monte había perdido la noción del tiempo, ya ni sabía cuántos años tenía, calcula que catorce cuando se volvió la sombra del Chino, comandante de la zona que le enseñó a sobrevivir en la guerra. Operaban en San Roque, Caracolí, Puerto Nare, donde siempre había alguien que los recibía. Caminó dos años con el Chino. En noviembre de 2005 Rubén fue encargado con tres compañeros para preparar una fiesta, ese día los emboscaron a cinco minutos del campamento, los atacaron con explosivos, sufrieron el poder de su propia especialidad, los estallidos accionaron unas minas sembradas por donde caminaban e inmediatamente murió uno de los compañeros. Rubén estaba en cuclillas, tratando de defenderse del ataque, a su lado explotó una mina que lo mandó a diez metros del árbol que lo protegía. Solo recuerda que lo primero que hizo fue intentar recuperar su arma, pero no podía ver con claridad, la boca llena de tierra, los ojos tapados por el humo y la arena; intentó sacar la pistola Pietro Baretta que tenía en el chaleco, sintió su mano herida, siguió buscando su pistola, pero no estaba, lentamente se fue desmayando por la pérdida de sangre, hasta que sus compañeros lograron sacarlo.

Cuando Rubén volvió en sí, se imaginaba lo peor, no podía ver con claridad y lo único que hacía era gritarle a sus compañeros, “hijueputas, mátenme, mátenme, para qué vivir así”. Lo transportaron en camilla con la atención básica de primeros auxilios, lo sacaron a la carretera y pasaron siete días hasta que llegó a Medellín. Fue recibido en el hospital San Vicente de Paul, estaba inconsciente, al despertar ya no tenía su brazo derecho, había perdido parte de su pierna derecha, la rodilla hacia abajo, y su ojo derecho estaba completamente nublado. El día que Rubén despertó pensó que estaba soñando, cuando notó que estaba amarrado a la camilla y oyó el ruido de los carros, comprendió: comenzó a sentir que no tenía su brazo ni parte de su pierna, que no veía más por un ojo. Comenzó a gritar, no entendía nada de lo que estaba pasando. Entró en un profundo pozo de depresión que lo ahogaba. Solo lo animaba reconocer que

conservaba su cordura y sus pensamientos eran coherentes.

Rubén estuvo hospitalizado solo un mes, sanó muy rápido, además por su seguridad no convenía estar demasiado tiempo en el hospital. Le dieron de alta y se fue a vivir donde un familiar que tenía en Medellín, las Farc seguían encargadas de su alimentación y contrataron un carro para que lo transportara. Estaba cerca de cumplir diecisiete años. Durante la visita a una tía, dos meses después de la emboscada, fue capturado, al parecer delatado por un familiar. La Fiscalía dudaba de su condición de menor de edad, no había papeles y los fiscales hacían lo posible por enviar a Rubén a la cárcel. Tuvieron que llevarlo a Medicina Legal para comprobar que era menor, el dictamen avaló su condición y fue enviado a Bienestar Familiar, podía internarse en un hogar de paso o vivir con un familiar, eligió la segunda opción. Un año después cumplió la mayoría de edad y comenzó el proceso de reintegración.

Pasaron tres años sin cargar un fusil y lejos de la selva. Rubén aún se sentía perdido, desorientado, aturcido por el ruido de la ciudad. Se cerraban los caminos con su visión afectada y las dificultades del sistema de salud. Solo un papel como el certificado de antecedentes de la Procuraduría puede ser un candado que cierra toda puerta a un empleo formal.

En una de esas luchas Rubén logró conseguir un empleo formal, en un *call center*. Todo marchaba en orden, pero al quinto día de trabajo el empleador le solicitó abrir una cuenta bancaria para consignarle su sueldo mínimo. Pero en el banco le dijeron: “Señor, no podemos abrirle su cuenta, nos reservamos nuestras motivaciones”. Las razones de ese veto bancario aparecieron muy pronto. La Registraduría pasa una lista a las centrales de riesgo con datos de las personas que tienen antecedentes penales, a las que la mayoría de entidades bancarias les niegan sus servicios. Sutilizas con las que se alimenta la guerra día a día.

Pero para alguien que sintió el roce de la muerte en su espalda, que sintió ese impacto que aturde de una mina, esas barreras simbólicas de vanidad humana no son impedimento. Un día Rubén tomó lo mucho o lo poco que da el Estado, buscó una oportunidad, agudizó la poca visión que le quedaba y decidió capacitarse. Comenzó una tecnología en el Sena en programación de software. De nuevo la realidad aterrizó su vuelo, ¿cómo manipular, aunque sea un destornillador si le falta su mano derecha? Pero siempre hay una alternativa, además el que habla se salva, la elocuencia puede hacer lo que las manos no logran. Fue así

como homologó algunas materias y comenzó a realizar una técnica en Sistemas, en esta la exigencia era menor. Su voluntad apareció de nuevo, no le importaba tener que irse caminando casi todos los días desde Manrique hasta el Sena. Su principal ganancia fue ir conociendo la educación, la dignidad. Pasó un año de formación y cuando llegó el momento de la práctica, surgió la pregunta: ¿cómo conseguir una práctica para una persona discapacitada, sumado al temor de que se descubra que es desmovilizado?

Rubén fue a varias entrevistas en las que todo lo que conseguía era perder los pasajes. Por medio de una amiga de sus tías paternas conoció a un cirujano que le ayudó a conseguir una práctica. Rubén desarrolló su capacidad oratoria y discursiva, y cuando en la entrevista llegaron las preguntas sobre el motivo de su discapacidad, improvisó un librito para evitar el rechazo. Luego, en la visita domiciliar en casa de su tía, quien se convirtió en su apoyo incondicional, sorprendió por su orden y la buena relación con su tía. Por fin esa oportunidad llegó y le dio una mayor estabilidad. Comenzó a trabajar en una gran compañía, su condición de discapacidad esta vez no fue impedimento, recibió capacitación durante tres meses en temas financieros, se destacó, comenzó en el área de atención al público. Hoy reconoce el impacto que causa al cliente cuando lo atiende, en ocasiones los usuarios de la compañía llegan agresivos, molestos, cargados, y al ver a Rubén automáticamente se tranquilizan. Resultó ser una cara amable y convincente. Tres años después ya era capacitador de los nuevos empleados en su área.

En la actualidad Rubén camina normalmente con una prótesis que consiguió luego de interponer una tutela, y aprendió a tolerar las miradas de asombro al ver su brazo mutilado. Camina tranquilo respirando el sosiego de estar al margen de la guerra. Su vida transcurre entre las rutinas de su trabajo en la oficina, el cuidado de sus matas y el orden en casa. Juega PlayStation, le gusta el cine y disfruta de sus horas de trote y el aislamiento del mundo que producen los audífonos. Ha logrado crear una red de amigos y familiares que lo aprecian, que lo acompañan en esos momentos de soledad propios de todo ser humano. Algunos conocen su pasado y lo admiran por su capacidad de adaptación. Sin embargo, guarda con recelo, en un cajón bien cuidado, su historia cruenta. Es consciente de que nuestra sociedad no está preparada para el perdón. Ha comenzado a estudiar Psicología, sabe que todavía tiene bastantes preguntas por resolver. ☺





CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS

Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café

☎ 316 668 11 82

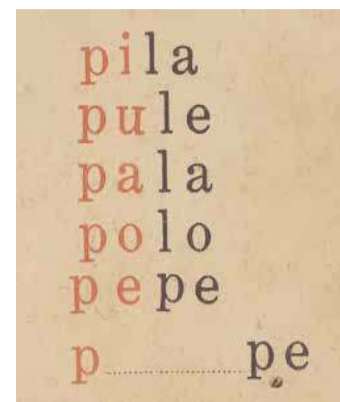
maxicafemedellin@gmail.com

color indigo

Maxi café - Cursos Asesorías
Eventos - Medellín

color indigo
Diseño Gráfico - Imagen - Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com

En Español



Todos los idiomas tienen su maravilla. No voy a decir que no. Pero el español la tiene más, como lo decís vosotros, y como lo dicen ellos, y como lo digo yo.

Cada canto que yo canto es un canto al español, rica lengua, lengua rica sin igual en su esplendor.

Del latín tiene la lógica y la fuerza y la pasión, y del griego la nobleza, la elegancia, la armonía, del árabe la cadencia, el lujo, la fantasía, y de su mezcla de pueblos el misterio encantador.

Mi caballo habla español porque en español me entiende; cuando le hablo en inglés se hace el desentendido, pues nunca antes había oído otro distinto sonido que el de la lengua española con que le hablo al oído. En sus enhiestas orejas cada sílaba resuena con un timbre conocido, heredado de su abuela.

Me topé con qué culebra, culebra guarda-caminos. La conjuré en español y así me dejó pasar, haciéndome reverencia con su gran agilidad.

Si en inglés le hubiera hablado seguro me habría mordido. Las culebras son así: tienen muy fino el oído.

No quise aprender idiomas. Con el español me basta. Para escribir en inglés tendría que traducirlo al castellano de España, dicho español en América porque de España proviene, que a pesar de los pesares se le llama Madre España.

Puede decir cualquier cosa, pero no que suene mal. Siempre suena si disuena, y si disuena da igual.

La lengua es de nacimiento. De poco sirve aprendida. Aprendida suena falsa. Eso se nota enseguida.

Cuando mi madre me dijo unas primeras palabras, me dicen que sonreí, encantado con el habla.

Después cuando fui a la escuela, para estudiar la gramática, eso no me gustó nada, pues no era necesaria.

Mi madre me había leído lo que había por leer, y con eso había aprendido lo que había que aprender.

No te enredes con gramáticas. Basta el sentido tener de la lengua, que ella misma todo te lo hará saber.

La lengua la hacen los pueblos, poco a poco, a su entender, ayudados por los diablos. La gramática es después.

Gloria a la lengua de España por su clara inteligencia, por la música que encierra, su precisión y su ciencia.

Para hablar en español no se necesita nada: sólo hacerle caso al cuerpo, y el sentido de la danza.

De ocho sílabas en ocho, como danzando y cantando, el español se compone a la manera de un canto.

La décima y el cuarteto, el terceto y la sextilla, te salen mucho mejor cuando en español se rima.

No hay para qué argumentar, la evidencia lo atestigua, siendo la lengua española tan moderna como antigua.

Con metro y rima o sin rima, y en prosa canto mejor, pues no existe mejor canto que cantar en español.

Jaime Jaramillo Escobar



UNAULA en la 11° Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín Y en el Salón Iberoamericano del Libro Universitario

Algunas novedades



Libros para todos los gustos

Stand A-12 y
Salón Iberoamericano del Libro Universitario - Jardín Botánico de Medellín

CELEBRACIÓN DE NOVEDADES
EDICIONES UNAULA 2017
Día: 14 de septiembre
Hora: 20.00 h
Salón Humboldt Jardín Botánico





Heladería Acapulco

por MARGGIE RIAZA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

La primera vez que escuché de la masacre fue durante una cena navideña en la casa de mi abuela. Estábamos reunidos en el comedor, los tíos conversaban sobre sus viejos tiempos en el barrio y los rones ya empezaban a saber a nostalgia. Hasta que llegaron a la masacre de Acapulco, un billar que quedaba justo diagonal a nuestra casa, en la misma cuadra.

Nunca lo había detallado, y seguramente tampoco ninguno de mis amigos, nunca nos habíamos preguntado por qué esa casa se mantenía desocupada, por qué siempre estaba oscura y por qué nadie barría su amplio andén. Esa noche de Navidad, me enteré de que no solo era basura lo que veíamos en su acera, sino que algunos habitantes del sector solían tirarle piedritas a la puerta para recordar a sus muertos. Sin darnos cuenta, todos estábamos creciendo en frente de una momia, una casa que

había muerto en todas las formas posibles. Eso fue hace más de quince años, y todo sigue igual.

La casa es una especie de fortaleza sin vigilantes. Allí nadie quiere entrar. Ni siquiera la persona que me prestó las llaves, para ver cómo era por dentro, se atrevió a dar un paso adelante de su descolorida puerta gris. La casa lleva veintinueve años deshabitada, está perdida en el tiempo, se quedó así para recordar la tragedia de la Heladería Acapulco, sin luz, sin agua, sin baldosas ni pintura. En la calle 101 con carrera 74 del barrio Pedregal, al noroccidente de Medellín, hay una cicatriz de setenta metros cuadrados.

Comienzo mi recorrido, quiero ir hasta el fondo, en donde está el baño, pues me contaron que uno de los vecinos logró sobrevivir porque se escondió ahí. “¡Véala qué tan berraca, yo no soy capaz de meterme allá!”, es lo único que logro escuchar antes de llegar

hasta el baño. Ahí está, justo como me lo habían descrito minutos antes. Le falta la cortina verde oscura, que fue la que le salvó la vida a Julián. El lavamanos azul claro que está tirado a unos cinco metros, en medio del desbarajuste. Aún así, es el mismo baño, el que ese día quedó con más de cincuenta impactos de bala marcados en las paredes.

El ataque ocurrió el 28 de agosto del año 1988, era domingo y el reloj marcaba las 10:30 de la mañana. Cuatro hombres llegaron en motos Yamaha 175 hasta Acapulco —tenían las placas tapadas— y dispararon contra los clientes. No dijeron nada, no preguntaron por nadie, solo sacaron sus revólveres calibre 38 y apuntaron a las cabezas. Ese día murieron Luis Eduardo Carvajal, el propietario del negocio que tenía 72 años; Fredy Alberto Brand de 26 años; Vladimir Villa de 17 años; Elkin de Jesús Álvarez de 18 años y William Ignacio Mejía, un discapacitado de 22 años. Dicen que fue una venganza contra la familia Carvajal.

Gustavo Pérez Echavarría sobrevivió a cinco impactos en la cabeza, en ese entonces tenía 16 años. Mientras me cuenta la historia repasa con sus manos las heridas en el cuello, la nariz y las orejas. “Lo que me ayudó a mí fue que, por reflejo, me puse las manos en el rostro para protegerme y eso me amortiguó dos balazos. Me tiré al piso y me quedé quieto. Yo estaba tan bañado en sangre que ellos pensaron que estaba muerto... En cambio a ese muchacho Vladimir no le habían pegado ni un tiro, pero levantó la cabeza, uno de los hombres lo vio y se devolvió a dispararle”.

Tavo —como lo conocen en el barrio— estuvo consciente durante todo el ataque, recuerda que cuando los hombres huyeron en las motos los vecinos salieron a la calle y empezó el alboroto. Su hermano fue el primero en llegar a socorrerlo, muy asustado solo le decía que se encomendara a Dios. Como pudieron, se subieron en un bus junto con Elkin y fueron hasta la Unidad Intermedia de Castilla. Elkin se murió al momento.

“Uno de los tiros me entró por el cuello y me salió por la nariz, pero me abrió un hueco tan grande en el paladar que me lo tuvieron que coser allá de una, sin anestesia, con una aguja en forma de u”, me explica con detalle

señalándome nuevamente los puntos de las heridas que no dejaron ningún rastro en su piel. Pasó una semana en Policlínica recuperándose.

Hoy Tavo vive con su familia en la misma cuadra, a pocos metros de la casa en donde estuvo Acapulco. Sentados en la sala de su casa, un tercer piso muy acogedor, me dice que a él le gustaba mucho ir a esa heladería, y que ese domingo estaba allí viendo jugar billar a unos amigos. Él era cliente asiduo, pues en esa época no había restricciones para el ingreso de menores, incluso les vendían licor sin ningún problema. Recuerda especialmente a William, “el inválido”, me dice que él nunca iba allá, pero que justo ese día le dio por sentarse en la heladería a tomarse una gaseosa.

Al día siguiente, el lunes 29 de agosto de 1988, el periódico *El Colombiano* publicó un pequeño artículo en su última página reseñando el crimen. En la fotografía se ve la puerta original del billar, una reja de esas que se cierran hacia abajo, y en el segundo piso, en el balcón, se ve una mujer llorando desconsolada, apoyándose sobre la reja. Ese balcón sigue igual, y ese segundo piso también tiene historia.

Según el artículo, y las versiones de algunos vecinos del sector, la masacre fue una venganza contra “los Carvajales”, dueños de la Heladería Acapulco y habitantes del segundo piso del local.

Dicen que Jairo Carvajal, uno de los hijos de Eduardo, estuvo involucrado en el secuestro de una persona del barrio, junto con una de las bandas del sector. Tras cobrar el rescate y liberar a la víctima, Jairo fue reconocido y comenzaron los múltiples ataques contra su familia: primero fue el asesinato de su hermano Antonio, que manejaba una buseta de Transportes Florencia. Fue justo después de una misa en su honor que llegaron los sicarios a Acapulco. Un par de meses después pusieron una bomba en la esquina de la casa, donde en ese entonces quedaba un parqueadero propiedad de Jairo.

Nadie recuerda exactamente cuándo fue que la familia Carvajal huyó del barrio. Vendieron la casa completa, heladería y segundo piso, y hasta el día de hoy nadie conoce su paradero. Eso sí, hay rumores de que Jairo Carvajal sigue dando vueltas, de vez en cuando, por la 101.



Tomada de *El Colombiano*, 29 de agosto de 1988.

Después de ese domingo atroz, la Heladería Acapulco también murió. Nunca más volvió a recibir orquestas de música tropical, a servir aguardientes acompañados de cascos de naranja ni cervezas. Sus sillas metálicas y sus mesas desaparecieron, la barra aún está en el mismo lugar, pero con tanta chatarra encima que no alcanza a verla por completo.

Dicen que después de la heladería en esa casa trataron de montar una tintorería y una cerrajería, pero nada resultó. El dueño actual, que fue imposible contactar, nunca le hizo mantenimiento y hoy parece salida de una película de terror: sus paredes blancas carcomidas por el moho y con algunos grafitis ilegibles, las columnas cutes a punto de colapsar, el olor a humedad, la negrura, el vacío...

Edilia Cardona, hermana del propietario del primer piso y dueña del segundo, donde vivió durante unos quince años, me confirma que el lugar está cerrado por salubridad pues no cuenta con servicios públicos y es un foco de plagas.

Edilia me explica que su esposo compró ese segundo piso y que allí vio crecer a sus dos hijos. “Todo el mundo me decía que yo cómo hacía para vivir ahí, que estaba loca, que esa energía tan horrible, que no querían entrar a mi casa porque tenían que pasar al pie de Acapulco, pero a mí no me importaba”, agrega. Ella cuenta que nunca ha creído en espantos, que sí llegó a sentir cosas raras, ruidos y objetos que se movían, pero que al tatar el patio y separar por completo las dos casas, la energía del lugar mejoró.

Dicen que Pedregal es un barrio apetecido en el sector, incluso, que encontrar una casa para alquilar es complicado, y que los arriendos pueden llegar a costar hasta setecientos mil pesos. Sin embargo, la casa 74-24 de la calle 101, casi treinta años después de la masacre, permanece desocupada, es un muerto que se está momificando. Todavía, cuando algunos vecinos pasan a su lado, antes de tomar el bus, le tiran piedritas a la fachada. Quizá en honor a las víctimas, quizá para ahuyentar a los fantasmas. ©



KRZYSZTOF PENDERECKI

El compositor vivo más importante del mundo por primera vez en Medellín.

SINFONÍA N°4

8 DE SEPTIEMBRE

8:00 P.M. (concierto con boletería)

7:00 P.M. (hora libre - entrada libre)

TEATRO METROPOLITANO

BOLETERÍA EN TU BOLETA: \$99.000 y \$60.000. Descuentos: 25% estudiantes, adulto mayor y clientes Bancolombia, 40% Amigos Filarmed. Informes: 232 28 58 - 262 55 00

www.filarmed.com / @filarmed

La Chascona,

de La Patagonia a Medellín

Peluquería itinerante por tiempo limitado

constanzaperezabello@gmail.com

Whatsapp: (+56) 9 8158 0342
Celular: 312 783 5254
Fb: chasconapelu
IG: @chasconapeluqueria





Parque Bolívar, Francisco Mejía, 1922.

Cuando a Medellín le salieron árboles

Los primeros árboles que se sembraron en Medellín, según fuentes escritas, fueron unas ceibas (*Ceiba pentandra*) que Gabriel Echeverri (colonizador antioqueño y fundador de Caracuma) hizo traer hacia 1857 desde las riberas del río Cauca, y que, posteriormente, mandó plantar en la avenida derecha de la quebrada Santa Elena. Poco tiempo después, Pastor Restrepo plantó otras cuatro ceibas en el costado sur del Parque de Bolívar, dos de las cuales aún se encuentran en pie. Por la misma época, en 1878, Pedro Restrepo Uribe inició la arborización de la carretera del norte, sembrando árboles en buena parte de su extensión.

Y claro, no es que Medellín no hubiera tenido árboles antes de las iniciativas de los señores y los dones de la Villa. Solo que antes del siglo XIX los árboles crecían digamos de forma orgánica. Unos eran sembrados como fuente de alimento en los solares y patios, mientras otros brotaban espontáneamente tras alguna semilla de mango o mamoncillo lanzada por ahí a su suerte. De esos árboles de otros tiempos aún

quedan señales. Hoy en día hay lugares cuya toponimia recuerda, como en el caso del chagualo (*Clusia sp.*), algún árbol que por largo tiempo sirvió a los habitantes como mojon espacial. Sin embargo, la ciudad antigua, la ciudad colonial, no tenía a los árboles como una de sus prioridades. No es sino caminar por las calles estrechas de Santa Fe de Antioquia para darse cuenta de que en lo que hoy conocemos como espacio público son notorios, por su ausencia, los árboles. Cabe entonces preguntarse, ¿por qué la ciudad se pobló de árboles?

Con ideas poco claras sobre las enfermedades contagiosas y los microorganismos, la gente enfermaba física y moralmente por unos elementos invisibles que flotaban y se transmitían en el aire. Según la concepción médica de la época eran “efluvios telúricos, aires mefíticos y miasmas” que llevaban al marchitamiento y la muerte. Estas ideas de los aires oprobiosos tuvieron, por supuesto, gran aceptación en las regiones malsanas del trópico. En nuestro ambiente particular, con unos soles incandescentes y una

considerable humedad, la ciudad era el caldo de cultivo donde pululaban esos elementos perniciosos que eran considerados una de las principales causas de la debilidad de nuestro carácter físico y moral. Y es que nosotros, pobres descendientes de razas inferiores, viviendo en un cochambroso ambiente natural, no teníamos cómo expresar los rasgos de grandeza de otros pueblos. Esta condición quedó bien expresada por el eminente médico y geógrafo envigadeño Manuel Uribe Ángel: “En las elevadas montañas [...] los efectos de los agentes físicos multiplican su acción hasta el infinito, pero casi siempre en el sentido de dar robustez y fuerza al hombre que las habita. Lo contrario acontece en las dilatadas planicies de la zona tórrida, cuyos moradores en general son más débiles y la pobreza fisiológica más notable [...] Aseguramos haber notado que no debe ser uno mismo el tratamiento médico aplicado a los habitantes de las zonas tórridas, que es el que debe ser empleado con nuestros compatriotas suecos y noruegos, daneses y alemanes, rusos y austriacos, ingleses y franceses están (sic) en general

dotados de órganos más resistentes que los nuestros”. Sumado a esto, se retomaron los hallazgos que a finales del siglo XVIII hicieron los holandeses Van Helmont Priestley y Jan Ingenhousz, sobre el poder de las plantas para producir oxígeno, es decir, para “purificar” el aire. El descubrimiento de lo que hoy conocemos como fotosíntesis transformó la manera de entender las ciudades. Poco a poco los árboles se establecieron en las urbes como medios poderosos para purificar el ambiente y crear espacios saludables.

El árbol-filtro apareció en escena para salvar a los habitantes de la ciudad de su infausto ambiente y destino. Se entronizó dentro de las élites el poder del árbol. La burguesía local se sorprendía con los bulevares —todos sembrados de plátanos (del árbol, no de la mata de plátano)— construidos en el París del Barón Haussmann, se maravillaban con el Hyde Park de Londres o con la Villa Borghese de Roma. Así se dio la importación de ideas sobre la naturaleza que transformaría a la Medellín que a pesar de su marcada realidad rural se soñaba moderna.



Barrio Manrique, Benjamín de la Calle, 1920.



La Playa, Óscar Duperly, s.f.



Calle Bolivia, Francisco Mejía, 1928.

Nosotros no teníamos realezas a la cuales expropiarles sus jardines para hacerlos parques públicos. Lo que teníamos eran ejidos, en otras palabras, potreros, los cuales no eran adecuados para la representación de una naturaleza moderna. La solución entonces fue convertir las plazas coloniales en parques modernos, o simplemente cercar, ordenar y civilizar los potreros. Así fue como surgió el Parque Bolívar —en un principio sin su famosa *Calliandra medellinensis*—, en un terreno donde antes pastaban las vacas y se fusilaba a los indeseables, y que se transformaría en un espacio respetado al que se fueron a vivir los más prestantes mercaderes de la ciudad. Lo mismo ocurrió con la plaza de Berrío. Igualmente se hicieron tímidos intentos para convertir algunas avenidas en algo similar a los bulevares europeos. Para los años veinte del siglo pasado se arborizó con palmas reales la calle Bolivia y se sembraron chingales (*Jacaranda mimosifolia*) en Ayacucho, convirtiendo una simple calle en el popular Paseo de Buenos Aires; lo mismo ocurrió para 1929 con la avenida Libertadores (hoy Regional) que se transformó en el Paseo Los Libertadores.

Pero la cosa no era abrir un hueco y sembrar un árbol. Los árboles, en aquella imagen de la ciudad moderna, tuvieron que enfrentarse a la tradición. Lo primero fue la lucha contra las vacas. Estos rumiantes que de cuando en cuando cobraban una que otra vida en la Villa, aburridos ya de la misma pobre hierba del valle, encontraron en los árboles recién plantados una alternativa gourmet a su monótona dieta. Ya para 1915 la Sociedad de Mejoras Públicas se quejó ante el Concejo de la ciudad “manifestándole que las bestias que han estado pastando en el Bosque de la Independencia están impidiendo la marcha de los trabajos que allí se adelantan, y que ya han destruido muchos de los árboles que se han plantado cuidadosamente para su ornato”. Igualmente, el empresario Ricardo Olano, conocido en toda Colombia como “el apóstol del árbol”, se lamentaba en 1947 de cómo “el gran parque del Cerro Nutibara, donde la Sociedad de Mejoras Públicas sembró más de cinco mil árboles, fracasó porque el cerro está dividido por cercos de alambre por los potreros que lo rodean y el distrito no los sostuvo y el ganado destruyó los árboles”. En conclusión, las vacas fueron los enemigos de los árboles por muchos años.

La cuestión de las vacas deja ver una realidad que los entendidos no entendían y era el hecho de que la Medellín urbana, la Medellín de la industria y el comercio, era aún una ciudad montañera, habitada por hombres y mujeres que recién habían bajado de la montaña. Y así, para el ordeñador y arriero convertido en operario, un árbol sembrado en la calle, al son de los cocos, resultaba menos que absurdo, y es que los árboles eran para algún tipo de usufructo: para madera, leña o carbón vegetal; de ese modo un árbol-filtro purificador de los cuerpos era un chiste. Este hecho lo recoge el agudo Tomas Carrasquilla cuando afirmaba que “esto de la siembra sin cogienda es signo palmario del adelanto urbano: arborizar no es verbo para el campesino utilitarista e intonso. Supone, hasta en los mismos que lo conjugan, algún arbitrio culto de gentes que no viven en el monte”.

Como respuesta a esta barbarie, las élites cívicas y progresistas de la ciudad, agrupadas en la Sociedad de Mejoras Públicas, se lanzaron en una campaña civilizatoria. Había que mostrar al pueblo los beneficios probados del árbol. La revista *Progreso* se convirtió entonces en el medio perfecto de propaganda para declarar la guerra al “hombre estorbo”, ese ciudadano que no hace ni deja hacer y que entre otros muchos rasgos negativos no entiende el poder del árbol. Se crea una nueva empresa en la que se componen himnos, poemas y oraciones para convencer a los medellinenses sobre el papel de este nuevo verde moderno. Igualmente, y solo como medida alternativa ante “la falta de educación de nuestro pueblo”, los árboles y plantas urbanas se hacen sujetos de ley. Decretos y acuerdos son expedidos desde el Concejo y la administración municipal prohibiendo el corte y uso de los árboles colocados en la vía pública, árboles que, a pesar de todo, “grupos de salvajes” se empeñaban en usar como postes eléctricos, soporte de avisos, leña para cocinar o, como ocurre hasta nuestros días, letrina pública.

En 1913 se inauguró el Bosque de la Independencia, hoy Jardín Botánico, coincidiendo su apertura con otra forma de



Parque Bolívar, Fotografía Rodríguez, 1916.

entender los árboles de Medellín. Al nacer el siglo XX las ceibas, pisquines (*Albizia carbonaria*) o guayacanes (*Tabebuia chrysantha*) seguían prestando algún servicio a la ciudad, pero ahora eran útiles en cuanto brindaban un espacio para el sano esparcimiento de los obreros que, alejados de la cantina, disfrutaban con un domingo en familia. Así, paradójicamente, cuando el aire del valle comenzaba a enrarecerse de verdad, ya los árboles no eran filtros, ahora no eran más que ornamentación, parte de la utilería en el escenario cotidiano; y así, degradados ante el ciudadano ordinario al nivel de adorno, poco a poco, los árboles de Medellín empezaron a perder terreno ante el nuevo rey de la modernidad: el automóvil.

Desde la segunda mitad del siglo XX y lo que llevamos del actual, las ideas sobre el árbol urbano han sufrido cambios y continuidades. Por una parte se afianzaron las formas técnicas, cada vez más necesarias, de manejar y tratar la naturaleza de la ciudad, la silvicultura urbana se consolidó como una práctica indispensable en la regulación de las relaciones, muchas veces conflictivas, entre los árboles y la ciudad con sus cables, techos y tuberías. De otra parte, algunas ideas se han transformado radicalmente. Mientras las antiguas capas de verdes con las que se había pintado la villa y la ciudad estaban hechas indiscriminadamente con plantas y árboles traídos de cualquier rincón del mundo, en un tiempo de éxodos e incontables trasatlánticos atravesando los océanos, ahora son las especies nativas las que se elogian como modelo de verde ideal para la ciudad, así que eucaliptos y pinos despiden un aroma inmigrante que, aunque aromático, es un tanto molesto. Liberados parcialmente de su lastre simbólico como depuradores de los aires y como mera escenografía urbana, los árboles de hoy responden a conceptos como el de biodiversidad, diversidad que paradójicamente es buena solo cuando es la autóctona, la que cabe en las fronteras imaginadas de los países.

La historia de los árboles de Medellín demuestra cómo la concepción de la naturaleza no surge espontáneamente como un producto de la cultura y es más bien un constante proceso de resignificación. Así, las ideas sobre la naturaleza y las plantas en particular no son estáticas. En el futuro tal vez se narrarán los tremendos esfuerzos adelantados por el Jardín Botánico en las siembras de cientos de árboles nativos en Medellín. En unas cuantas décadas quizás, o tal vez dentro de un siglo, los árboles con los que compartimos las calles de la cada vez más poluta Medellín ya no existirán. Y es que ya se escuchan voces como la del profesor Prashant Kumar, de la universidad de Surrey en el Reino Unido, quien afirma que en las ciudades encañonadas (como Medellín) los árboles grandes pueden atrapar perjudicialmente la contaminación a nivel de la calle, por lo que sería preferible plantar cercas vivas y arbustos en su lugar. Quizás nos acercamos al tiempo del arbusto, quién sabe. Lo que sí es seguro es que las plantas de la Medellín de hoy no serán (como no serán los edificios, los vestidos ni las tradiciones) las plantas del Medellín del mañana. ©

por DIEGO MOLINA

Fotografías: Archivo BPP

RESQUICIOS DEL DESEO
Una exposición de
Jorge Alonso Zapata



DIVAS LOUNGE CLUB
Carrera 50 N° 55-11
Abierta al público desde el Jueves 31 de agosto hasta el 29 de septiembre

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

CIUDAD CAFÉ
el lugar del caminante

desde 1999

Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
DOMINGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
CARRERA 64B # 51-94
INSTAGRAM: CIUDADCAFEMEDELLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed

En Carlos E Restrepo

Restaurante
Flores y Sabores
Comida Gourmet de Origen

Comida gourmet de origen. Todos los domingos menú especial
Calle 53 # 64A-43
Reservas: 2601685

Comida saludable para gente sintiente

CLASES DE YOGA,
REIKI Y MEDITACIÓN

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Teléfono: 2302522

Frutti jhon

Servicio a domicilio 230 40 56

CALLE 53 # 64A-51 PARQUE PRINCIPAL CARLOS E. RESTREPO

EL MEJOR ROCK DE TODOS LOS TIEMPOS

VALHALA
rock bar

Carrera 81 #32-124 local 135
Centro Comercial Nueva Villa de Aburrá.

Email: info@valhalabar.com
Horario: lunes a domingo de 6:00 p.m. a 2:00 a.m.

Teléfono: 250 56 98

La Ramada
CASA DE OFICIOS

Marcas nacionales con procesos transparentes
Talleres de oficios para todas las edades
Jueves de música en vivo
Casa de todos, espacio de tertulia y encuentros
Tragos, café, música y calor de hogar
Abrimos de 11am a 7pm de lunes a sábados
Bienvenidos a La Ramada, casa de oficios.

BOBADO (LAUNDE)
CALLE 12 NO. 42A-293
@LARAMADACASADEOFICIOS
LARAMADACASADEOFICIOS@GMAIL.COM
+57 3182632241 / +57 3006200114

AULA
Resto - Bar / Café

MENÚ DIARIO, ALMUERZOS
EMPRESARIALES, CELEBRACIONES,
CINEFORO, CATAS DE VINO
Y CERVEZA

Calle 52 #64A-29
Carlos E. Restrepo

Lunes a sábado
de 12:00 p.m. a 11:30 p.m.
Domingos
de 1:00 p.m. a 10:00 p.m.

Teléfono: 230 85 43

PARRILLA Orrabanda
al Carbón

Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes,
Hamburguesas, Parrillada,
Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla
Lunes a Jueves hasta las 9pm,
Viernes y Sábados hasta las 10pm
los Domingos cerramos a las 5pm

16 de septiembre, celebra con nosotros
AMOR Y AMISTAD

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55
@otrabadaparrilla f otrabadaparrilla

MANUEL MEJÍA VALLEJO
INVENTOR DE JUGUETES

Medellín, 30 de abril de 1963.

Señores
Prensas Heidelberg,
En la Dirección.

Muy apreciables señores:

Como a ustedes puede interesarles unas ideas que tengo, paso a enunciarlas brevemente:

Primero: Sobre trabajos tipográficos he descubierto la manera de ahorrar mano de obra, tiempo y materia prima en un 20% aproximadamente. Esto, que a primera vista parece descabellado, puede obtenerse mediante un sistema coordinado y sencillo, pero revolucionario, de armada, uso de cuchillas y cambio de métodos editoriales rutinarios.

Segundo: Como consecuencia de lo anterior, y para complementarlo, he diseñado una máquina simple, de fácil construcción, que contribuiría aún más al abaratamiento y rapidez en elaboración de libros, talonarios, libretas y otros trabajos tipográficos, con resultados de beneficio para el pueblo, los editores y los autores.

A pesar de que soy hombre de trópico y escritor de profesión, creo que no yerro en mis cálculos, y que lo enunciado será una realidad mediante una mínima colaboración técnica de ustedes.

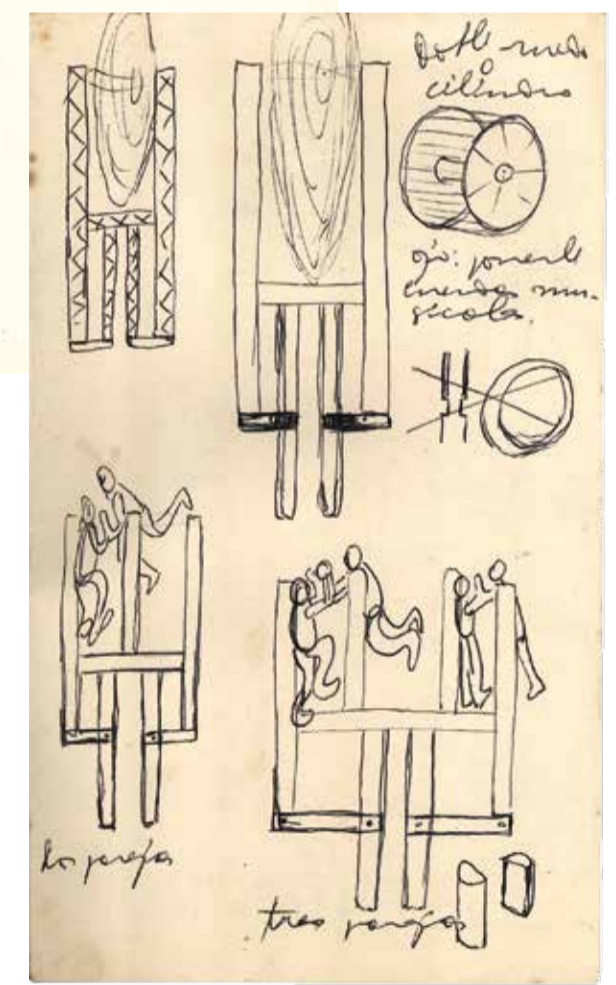
Durante cinco años fui director de la Imprenta Departamental de Antioquia, donde existen, entre otras, doce prensas Heidelberg; he trabajado en periodismo y tengo cierto conocimiento, por lo menos visual, de talleres en pequeño; soy editor de revistas y libros, para cuya costura y encuadernación estoy perfeccionando un nuevo método, complemento de lo que arriba insinúo.

Así, el objeto de la presente es ponerme en contacto con ustedes, pues mi invento" está directamente ligado a la especialidad de esa Casa; de todos modos nada se perdería y en cambio podría resultar algo nuevo y provechoso.

En espera de una respuesta de cualquiera índole, me suscribo de ustedes,

atentamente,
Manuel Mejía Vallejo

Dirección:
San Martín con Moore, # 51-33
Medellín, Colombia, S.A.



Muchas son las facetas por las que se conoce o se dio a conocer Manuel Mejía Vallejo: literato, impresor, tallerista, pedagogo, folklorista, contertulio, periodista, gestor cultural, líder comunitario, padre, esposo, amigo... sin dilaciones, un altruista de las causas sociales y familiares; pero públicamente se conoce poco su faceta creativa más allá de ser un excelso escritor —novelista, cuentista y coplista—. Manuel, Don Manuel, maestro le decían fraternalmente por respeto, y algunos en la familia lo nombraron cariñosamente Don Girolo. Pero ninguno atinó como su amigo Juan Luis Mejía, al ver su destreza y obsesión por el diseño de artefactos infantiles, el apelativo de Inventor de juguetes. Tanto se sintió identificado que, como buen amante de la tipografía, mandó a acuñar una tarjeta personal con su nuevo mote.

En esta ocasión queremos resaltar el ser humano inventor e inquieto cultor de los cacharros lúdicos, de la inventiva popular y de la tradición de los juegos de la infancia. Esta, una muestra sucinta de su documentación personal que hace parte del Fondo Manuel Mejía Vallejo custodiado y difundido por la Biblioteca Pública Piloto. Esquemas, dibujos, perspectivas e instrucciones para el armado, ensamblaje o manufactura de maromeros, marionetas, muñecos o cachivaches.

Y como si fuera poco, compartimos una curiosa carta que dirigiera a la reconocida Casa Heidelberg en Alemania —ensambladora de la industria tipográfica y litográfica a nivel mundial—, invitando, como humilde "hombre de trópico y escritor de profesión", a considerar su descubrimiento [inventor] para el ahorro de papel y mano de obra, al igual que en la transformación de los métodos editoriales utilizados durante los años sesenta del siglo pasado por esta industria.

Oda a un maestro

por GUSTAVO CARVAJAL A.

Ilustración: Godie Arboleda

La idea de escribir esta nota se me ocurrió hace varios años, cuando en el entonces flamante Unicentro de Cúcuta me crucé fugazmente con el profesor Alvaro Suárez, Alvaritoche, mi profesor de ciencias naturales en séptimo grado en el Colegio Calasanz. Nos miramos por unos segundos y aunque mi cara le debió resultar familiar seguramente no me reconoció. Yo, en cambio, lo ubiqué de nuevo frente al tablero y habría querido decirle al menos: "¡Hola profesor!", pero no encontré el valor, apenas me quedé viéndolo alejarse mientras me recriminaba por mi arraigada timidez. Así, puesto que entonces fallé en ofrecerle mi venia y expresarle mi cariño, hoy trato de componer el error.

Alvaritoche no había cambiado mucho. Seguía siendo cuadrado sin llegar a ser gordo y poseía una cintura anchurosa sobre la cual reposaba un tórax imponente. En la época en que fue mi profesor, por el aciago año de 1993, estaría frizando los cincuenta años de edad y ya tenía la cabeza cubierta de canas, el pelo siempre corto, casi al ras, como el de un militar en retiro. Entraba al salón de clase con cara de mal genio e imponía rápidamente el orden apostrofando con su acento de nortesantandereano arrecho. Pero esto no significaba que estuviera enfadado, ni que padeciera de mal genio congénito o que fuera huracán, sino que era de Cúcuta y como tal era brusco en sus modales y ceñido en la expresión de los sentimientos. Quién sabe si sea por el calor que hace, o más bien por la combinación genética de indígenas aguerridos y españoles cerreros mezclados con turcos, libaneses e italianos; pero los cucuteños son así, murmuran a los gritos y se quieren putiándose.

La realidad era que a Alvaritoche le gustaba su trabajo, y nunca, que yo recuerde, aprovechó una oportunidad para humillarnos o ponernos en ridículo, como en cambio sí lo hacían con frecuencia y fruición muchos de sus siniestros colegas. Me atrevería a decir que en ocasiones incluso disfrutaba con nuestras ocurrencias y bestialidades adolescentes, y hasta lo estimulaban nuestras conversaciones. Desde luego esto era imposible de apreciar entonces, sobre todo porque la excentricidad de Alvaro nos impedía cotejar a cabalidad sus virtudes. Dicha excentricidad consistía, en medio de aquel ambiente moralista, en que se atrevía a utilizar en el salón la palabra toche. "¡Oiga usted, Asís, deje la tocheda ahí con Fandiño!", o "¡no me crea tan toche Flórez!", o "no se haga el toche justed, allá, Bayona!".

Al principio, recibíamos este lenguaje entre escandalizados y fascinados. Las risas estallaban cada vez que Alvaritoche tocheaba, porque siempre lo hacía con una falsa circunspección pero al mismo tiempo con total

naturalidad. No faltó el mojigato que se quejara en la rectoría por haberse sentido ofendido o maltratado, y acaso algún padre de familia presentó sus demandas; pero a medida que pasaban los meses y la odiosa rutina del colegio se asentaba, nos acostumbramos a la tochería del maestro y entendíamos que lejos de su propósito estaba ser vulgar, cruel u ofensivo.

Es necesario explicar que en Cúcuta la palabra toche puede significar muchas cosas; güevón, marica, estúpido, tonto; pero también puede ser bonachón, crédulo, honesto y hasta amigo. Como en tantas otras sutilezas del lenguaje esto depende de la entonación, el contexto semántico y la relación que existe entre los hablantes. Pero más allá de esto, lo que hacía de Alvaritoche un elemento realmente subversivo en el colegio era su reputación de profesor facilón, cuyas materias las ganaba todo el mundo. En aquel entonces el Calasanz de Cúcuta fundaba su prestigio en los resultados descolantes que obtenían sus alumnos en las pruebas del Icfes. Esto era posible gracias a un régimen de estudio riguroso y un espíritu de evaluación implacable, engranaje dentro del cual Alvaritoche era una pieza algo suelta.

Recuerdo que los estudiantes de décimo grado, a quienes Alvaritoche dictaba química, nos decían que en ese año sembrado de cuitas la única asignatura por la que no tenían que sufrir era la suya. La razón, como lo comprobamos nosotros más adelante, era que los exámenes de Alvaritoche venían con las respuestas en el reverso de la hoja. Me explico, si en la primera página del examen preguntaba, por ejemplo: "La física cuántica estudia las relaciones entre los cuantos, que son paquetes de energía; responda, ¿quién es el padre de la física cuántica?", en la segunda página del examen preguntaba: "Max Planck recibió el premio Nobel de física en 1918 por ser el creador de la teoría cuántica, explique en qué consistía dicha teoría". Bastaba con leer el examen de principio a fin y las respuestas se encontraban inscritas en las otras preguntas.

Era habitual que la tarea para su clase fuera simplemente comprar la revista *Muy Interesante* y leer y comentar alguno de sus artículos sobre genética o astrofísica. Con frecuencia se desviaba del libro de texto y prefería conducirnos al salón de audiovisuales para ver episodios enteros de la serie *Cosmos* de Carl Sagan. El simple hecho de salir del salón de clase era un bálsamo que todos recibíamos con regocijo a cambio de los odiosos ejercicios y la salmodia de las cátedras. Este comportamiento en aquel contexto le granjeó a Alvaritoche la reputación de ser un vago. Se consideraba en aquel entonces que el mejor profesor era el más cuchilla, aquel cuyos exámenes son los más difíciles y sus lecciones las más inexpugnables.

Sin ser científico, disfruto y me mavorillo con la historia de la ciencia, y debo a la "pereza" de Alvaritoche mi fascinación por la física y sus profundidades filosóficas. No puedo olvidar uno de esos días en la sala de audiovisuales, donde ese grupo de cincuenta energúmenos indisciplinados que éramos los alumnos de Séptimo A, observábamos en el pequeño televisor un episodio de *Cosmos*. Era muy difícil concentrarse, porque como buenos muchachitos de colegio privado éramos unos micos arrogantes llenos de hormonas y suspicacia. De repente, Carl Sagan sentado a una mesa victoriana en Oxford, se dispone a comer un pastel de manzana y dice: "¿Cuántas veces tengo que cortar este pastel para dividirlo hasta

llegar a un átomo?". Esa pregunta aparentemente inocua, que a cualquiera de nosotros nos habría dado vergüenza formular, me dejó frío. ¿Qué es un átomo? ¿Por qué no se puede dividir? ¿Con qué herramienta se puede observar? Resonaron en mí un cúmulo de intuiciones acerca de la materia que no había podido articular antes de ese día. Ya nunca más fui el mismo, y por eso estoy en eterna deuda.

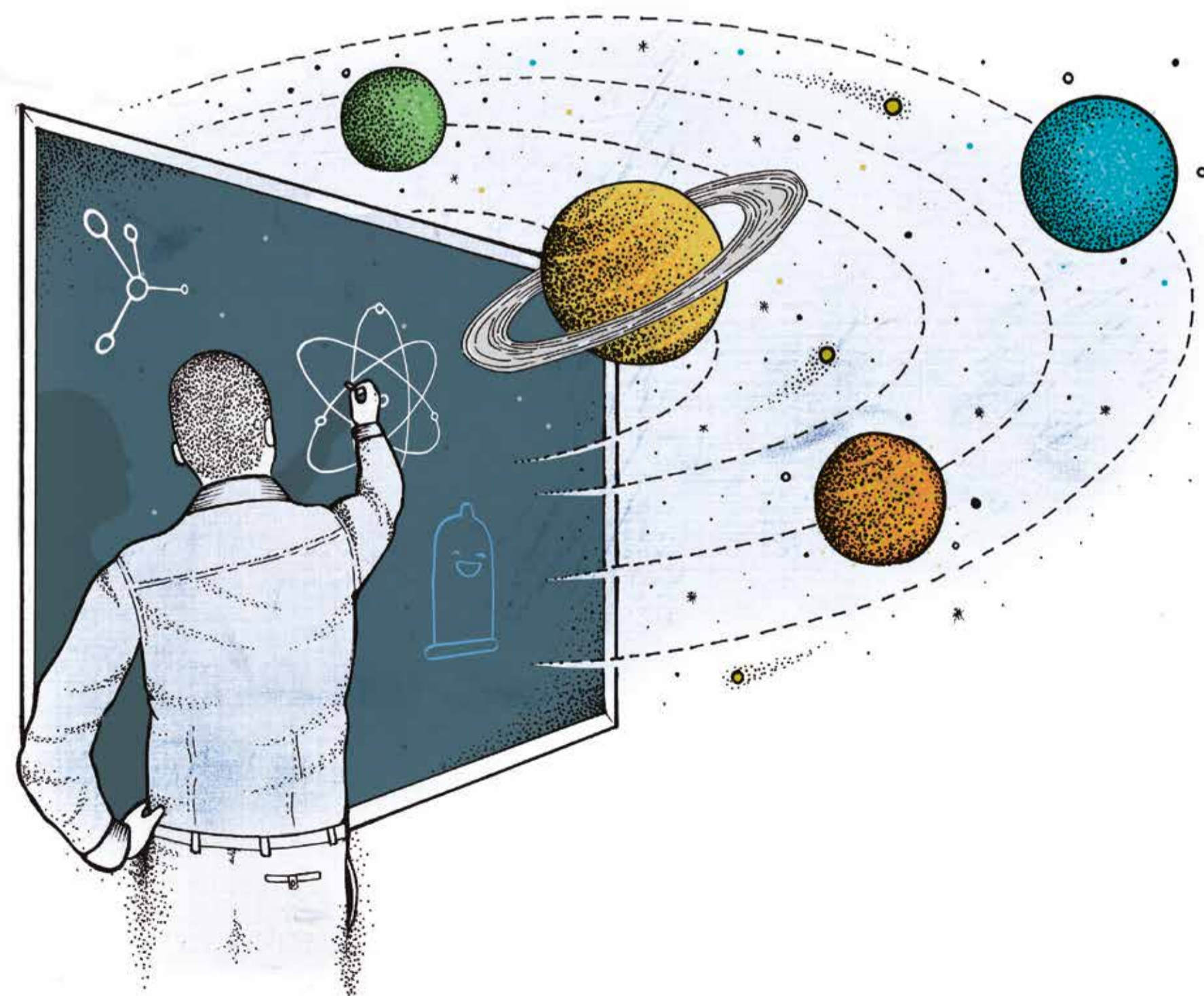
Los temas predilectos de Alvaro eran la prevención del sida y la astrofísica. Desde luego seguíamos el programa y repasábamos las taxonomías, las partes de la célula y demás contenidos del currículo; pero por alguna razón lo que más recuerdo de sus clases eran las conversaciones sobre cómo se

contagiaba realmente el VIH y las constantes referencias a Stephen Hawking. Quizá las lecciones de filosofía más interesantes ocurrieron en sus clases discutiendo el Bing Bang, los agujeros negros o la famosa frase de Einstein: "Dios no juega a los dados en el universo".

Su preocupación acerca del sida era constante. Y creo que a todos nos encantaba hablar de ese tema, que al menos nos permitía hacer preguntas, indirectamente, sobre sexo, es decir sobre la realidad apremiante. Estábamos muy cerca de ser unos adolescentes rijosos, separados de las niñas como en una prisión, con algunos que ya se aventuraban a visitar los prostíbulos.

¿Cómo es posible que en pleno auge del sida el colegio dentro de su política no hubiera sostenido una discusión abierta sobre el tema? ¿Qué le importaba a este profesor cincuentón la suerte de esta escuadra de engreídos e irrespetuosos hijos de papi y mami? El sida no solo era un problema de salud pública, sino un asunto de grandes implicaciones psicológicas, puesto que estas conversaciones —que raramente teníamos con nuestros padres y menos con los curas— nos permitían pensar sobre la homosexualidad, la reproducción, la moralidad o la inmoralidad del sexo. Este era un trabajo vital. Lo de Alvaritoche era una labor de amor, pero no amor hacia nosotros, sino hacia los principios sagrados de su oficio.

Desde luego estas virtudes aparecían entonces como deficiencias del carácter, y por lo tanto Alvaritoche fue despedido del colegio poco después de haber sido nuestro profesor. Ahora entiendo que detrás de cada uno de sus toches había una invitación a la rebeldía, a desafiar la autoridad de las instituciones, y una demostración de que la ciencia no tiene que ser ajena al hombre común. Hoy, con el privilegio de la perspectiva, caigo en cuenta de que Alvaritoche sabía lo que la mayoría de educadores no entienden: que el amor al conocimiento es la lección más bella que puede ofrecer un maestro, porque es aquella sin la cual el resto de enseñanzas no cuajan, no producen frutos, en suma, no sirven para un toche. ©



MUSEO D ANTIOQUIA

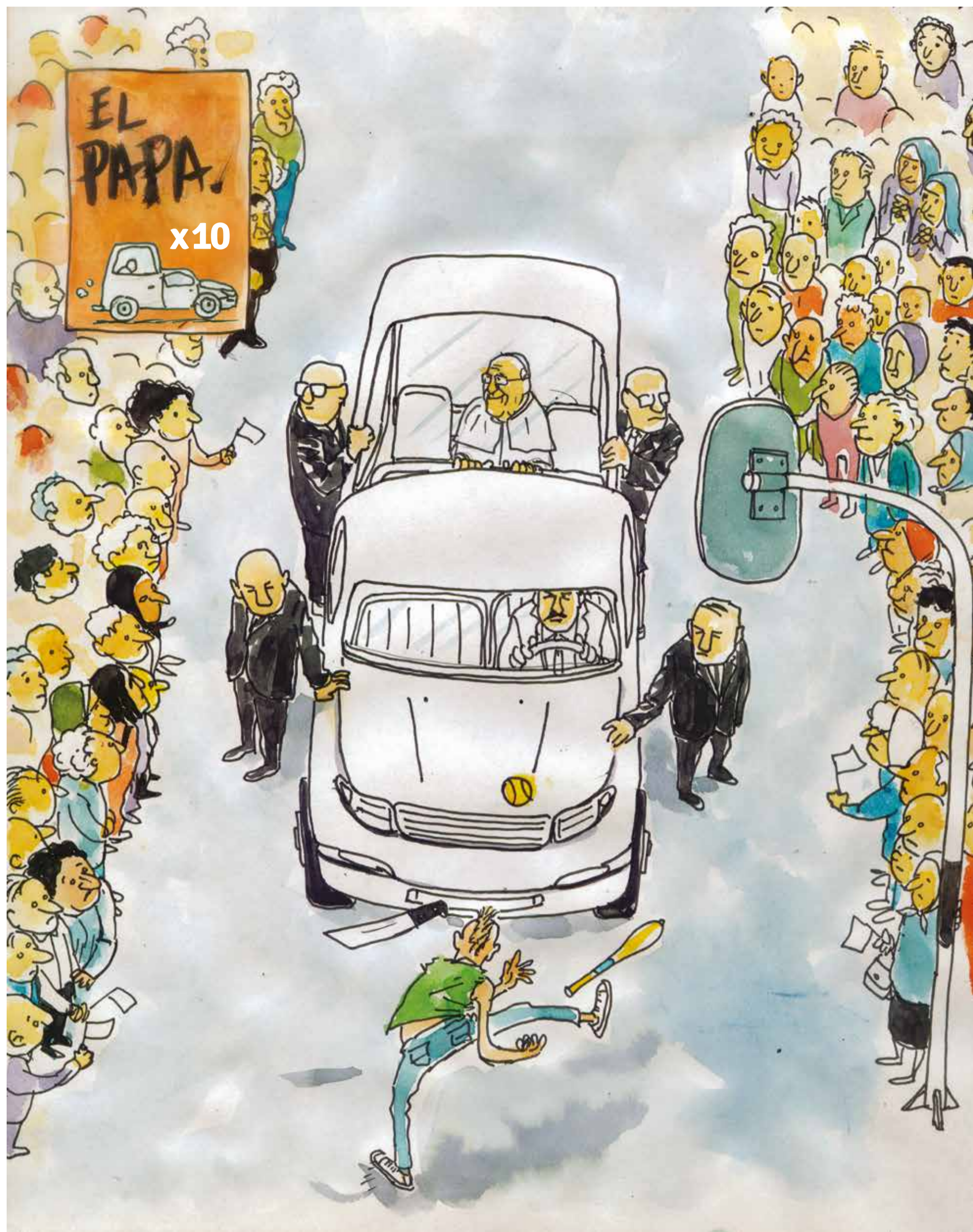


Botero | VIACRUCIS
la pasión de Cristo

Del 26 de agosto al 13 de noviembre

en el Museo de Antioquia






MAMUT

SEGUNDO FESTIVAL DE MEMORIA AUDIOVISUAL

Septiembre 27 al 30 de 2017
Medellín, Colombia.

www.mamutfestival.co

PLANETARIO DE MEDELLÍN

LA VIDA SOCIAL DEL SISTEMA SOLAR

NACIMIENTOS, SEPARACIONES, JUNTANZAS, CHOQUES, ADOPCIONES, HIJOS DESCONOCIDOS Y MÁS

HOY LOS RAPOTOS DE NEPTUNO

El planeta Neptuno, gigante gaseoso,

tiene **catorce lunas**

Se cree que casi todas ellas fueron cuerpos capturados **gravitacionalmente** por Neptuno...

...en una región conocida como **cinturón de Kuiper**, nombrada así en honor al astrónomo que la descubrió.

En ella se encuentran **miles de pequeños cuerpos** y algunos planetas enanos:

Eris Plutón Makemake

Visita el Planetario y el Parque Explora

La ciencia nos ayuda a mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

parque **explora** | **Bancolombia** | **Alcaldía de Medellín Cuenta con vos**

f t i #FiestaLibro

IDENTIDADES

País invitado: **BRASIL**

11^a

FIESTA DEL
LIBRO Y LA
CULTURA

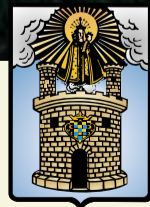
Septiembre **10 al 17**

Zona Norte *entrada libre*

www.fiestadellibroylacultura.com

EN ASOCIO CON

bpp BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos